

## LA EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA DE 1871\*

THE YELLOW FEVER EPIDEMIC OF 1871

Marcela Aspell\*\*

**Resumen:** Tras una breve presentación general, el trabajo se detiene en la epidemia de la fiebre amarilla en el Río de la Plata en 1871, refiriendo hechos documentados, comportamientos humanos públicos y privados, y sentires.

**Palabras-clave:** Fiebre Amarilla - Río de la Plata - 1871.

**Abstract:** After a brief general presentation, the work stops at the yellow fever epidemic in the Río de la Plata in 1871, referring to documented facts, public and private human behaviours, and feelings.

**Keywords:** Yellow Fever - Río de la Plata - 1871.

**Sumario:** I. Las epidemias en la historia. II. El ataque de la peste. III. Las epidemias en el Río de la Plata. III.1. La Epidemia de fiebre amarilla o vómito negro de 1871. III.2. Y la epidemia llegó. III.3. La gestión popular de la epidemia de fiebre amarilla de 1871. III.4. El fin de la peste amarilla. IV. Conclusiones. IV.1. Y el Miedo.

### I. Las epidemias en la historia

Infecciones y enfermedades que en determinadas coyunturas se convertían en temibles epidemias azotaron siempre la historia de la humanidad y afectaron la construcción social colectiva del mundo.

*La peste era el caos, la anarquía, el desconcierto, el desorden.*

Una idea recurrente en tiempos de zozobra medieval, fue la de considerar a la enfermedad como pecado, donde la putrefacción de la carne expresaba la propia podredumbre del alma, que impactaba con ferocidad en el cuerpo del pecador. Era

---

\* Trabajo recibido el 20 de diciembre de 2022 y aprobado para su publicación el 3 de febrero de 2023.

\*\* Profesora Emérita de la Universidad Nacional de Córdoba. Miembro de Número y Vice Presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba. Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia. Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Directora del Museo Histórico de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba.

menester entonces acudir a la salvación del alma, para luego atender el padecimiento corporal. La labor del sacerdote precedía entonces a la del médico.

*“La providencia divina era la que actuaba: el morbo surgía porque Dios así lo quería y para combatir el mal los cuidados espirituales eran los fundamentales. Quitar los pecados mediante la confesión y recibir al Señor en la comunión pasaban a ser las medicinas más eficaces, y solo después de que el alma estuviese a salvo se podrían ayudar a sanar la parte corporal de la persona doliente”<sup>1</sup>.*

Pero la enfermedad podía también originarse por la temida presencia del diablo. Embrujamiento, hechicerías y maleficios enfrentaban al hombre herido en su salud y lozanía, con el diablo. El fraile franciscano Martín de Castañega en su *“Tratado de las supersticiones, hechicerías y varios conjuros y abusiones, y de la posibilidad y remedio dellas”*, impreso en Logroño en 1529 amonestaba: *“... llevar cada domingo del agua bendita para derramar della deuotamente por la casa, cámara y cama, y tomen cada domingo en ayunas el pan bendito y trayan siempre consigo alguna cruz, que es la cosa de que mas huyen los demonios”<sup>2</sup>.*

Satanás sólo podía ser combatido eficazmente por la oración y la piedad del arrepentimiento de los pecados cometidos.

Enfrentados al cotidiano terror de males desconocidos, se busca el remedio de lo sobrenatural para restablecer el ansiado equilibrio de los *“cuatro humores”<sup>3</sup>.*

La corrupción del aire suponía la ruptura del equilibrio de los cuatro humores, alterando el equilibrio que debía disponer un hombre sano. Avanzaba entonces la *pestilentia* contra la cual se disponían fármacos, rigurosas dietas y extracción de sangre.

La astrología intentaba explicar aquello que la ciencia médica desconocía: *“Se cree que la Peste fue provocada por la conjunción de Saturno, Júpiter y Marte, bajo el signo húmedo de Acuario en 1345. Además, antes de la conjunción hubo un eclipse de sol y otro de luna. Según los astrólogos, dicha conjunción generalmente trae mortandad y desastres, mientras que el influjo de Marte provoca la pestilencia”<sup>4</sup>.*

---

(1) IGNACIO CARMONA, Juan. *Enfermedad y Sociedad en los Primeros Tiempos Modernos*, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, Sevilla, 2005, p. 11.

(2) CASTAÑEGA, Fray Martín de. *Tratado de las supersticiones, hechicerías y varios conjuros y abusiones, y de la posibilidad y remedio dellas*, Logroño, 1529.

(3) Concebida por Hipócrates y desarrollada más tarde por Galeno insiste en la indispensable armonía de los cuatro humores: *bilis negra, bilis amarilla, flema y sangre*, que se relacionaban estrechamente con los cuatro elementos: *fuego, aire, agua y tierra* y con las calidades de *caliente, frío, húmedo y seco*. Los humores debían mantenerse armoniosamente, sorteando los peligrosos desajustes que provocaban la enfermedad física o espiritual.

(4) HAINDL URIBE, Ana Luisa. *“La peste negra”*, en *Arqueología, historia y viajes sobre el mundo medieval*, XXXV, 2010.

En estos tiempos de desmesura, Alfonso de Córdoba escribe la *“Epístola et regimen Alphontii Cordubensis de pestilentia”*. Al igual que en el *“Utrum Mortalitas”*, socorre la tesis de una conjunción astrológica que origina y alimenta la peste, explicando su extrema extensión geográfica y temporal *“por pérfidas maquinaciones contra la cristiandad por sus enemigos”*<sup>5</sup>.

Reliquias de santos, imágenes religiosas, agua bendita, rezos, letanías, imprecaciones al cielo, procesiones y peregrinaciones, flagelaciones, cilicios, privaciones y castigos físicos públicos y privados eran ofrecidos en una atormentada epifanía, donde el martirio de los cuerpos procuraba desesperadamente la ansiada salvación de las almas.

Los relatos de la peste revelan el profundo sufrimiento físico y psíquico que abrumaba a quien transitaba la siniestra adversidad de la catástrofe.

En 1630 Fra Benedetto Cinquanta anotaba: *“... confusión de los muertos, de los moribundos, del mal y de los gritos, los aullidos, el espanto, el dolor, las angustias, los miedos, la crueldad, los robos, los gestos de desesperación, las lágrimas, las llamadas, la pobreza, la miseria, el hambre, la sed, la soledad, las cárceles, las amenazas, los castigos, los lazaretos, los ungüentos, las operaciones, los bubones, los carbuncos, las sospechas, los desmayos”*<sup>6</sup>.

En un mundo atravesado por una fuerte religiosidad las prácticas médicas se teñían a su vez de un enérgico trasfondo, proveniente de las devociones piadosas y de la magia.

En las experticias de la medicina popular se mezclaban remedios caseros, ejercitados por generaciones al calor de la lumbre del hogar, con el concurso de plantas medicinales, y terapias mágico religiosas que acudían a ritos y conjuros.

Además de los clásicos textos del *Corpus Hipocraticum* y sus numerosas reelaboraciones que circulaban en los ambientes académicos, aparecen textos destinados al común, que albergan indicaciones y observaciones médicas para cuidar la salud, proteger la buena fortuna y atraer las siempre esquivas riqueza y amor, muchos de ellos atravesados con barruntos y amonestaciones alumbradas con un potente pensamiento mágico. Como alguien ha dicho: *“no faltaban en las librerías del Siglo de Oro “tesoros” que escardar”*<sup>7</sup>.

Entre ellos sobresale, con una titulación que replica la extravagancia de una paradoja, el *“Tesoro de los pobres, por la qual todas las enfermedades que pueden ser en cuerpos de los hombres y de las mugeres puede haver remedio de salud”* vuelto a editar en el Siglo XVII como: *“Libro de medicina llamado Tesoro de pobres.../ compuesto por*

(5) Ídem.

(6) Benedetto Cinquanta citado por DELUMEAU, Jean. *El miedo en Occidente (Siglos XIV-XVIII) Una ciudad sitiada*, Editorial Taurus, Madrid, 2002. pp. 173-174.

(7) RODRÍGUEZ CACHO, Lina. *Tesoros de Frailes y Tesoros Laicos: Notas para una tipología de los títulos en el Siglo de Oro*, Centro Virtual Cervantes.

*el maestro Julián que lo recopiló de diversos autores. Con un Regimiento de Sanidad ahora nuevamente corregido y enmendado por Arnaldo de Villanova, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1644*", que Palau atribuye a Juan XXI, cuyo prólogo amonestaba a sus lectores a buscar la cura de sus dolencias, desechando la tutela de los galenos: "Aquí comienza un libro muy provechoso en Medicina llamado Tesoro de los pobres. El qual mandó hazer el Papa Juan a un médico suyo llamado Maestre Juliano, hombre muy sabio y experimentado en Medicina. El qual por servir a su Sanctidad y por servicio de Dios y por bien de los próximos, buscó quantos doctores y maestros había en Medicina en aquel tiempo en que uvo LVI doctores que allegó para esta obra muy sabios. Para que los hombres se sepan curar sin médico donde no lo oviere y oviere mucha necesidad".

El "Libro de San Cipriano", un grimorio vastamente conocido en el mundo de habla hispana y portuguesa, también llamado "Gran Libro de San Cipriano", "Libro Magno de San Cipriano" o simplemente "Ciprianillo", alcanzó la oportunidad de numerosas ediciones, siendo la más conocida "El tesoro del hechicero" que reunía un minucioso elenco de consejos y admoniciones sobre el cuidado de la salud asentadas en prácticas de nigromancia y magia blanca.

En tiempos de abatimiento, la desesperación y el miedo empujaron al consuelo de buscar a los responsables de los considerados *castigos divinos*. Judíos y leprosos se convirtieron rápidamente en víctimas propiciatorias, contra los que se lanzó una despiadada persecución, contra estos hombres "que parecían los instrumentos de un Dios vengador que azotaba a sus criaturas"<sup>8</sup>.

Considerada la peste como un castigo divino su desencadenamiento obligaba al hombre a buscar el perdón de sus pecados, purgando sus malas acciones e incitándolo a perseverar en el camino de la virtud.

El salmantino zaragozano Pedro Ciruelo, doctorado luego en Teología en París y preceptor de Felipe II explicaba en su "Hexameron Theologal sobre el regimiento medicinal contra la pestilencia", impreso en Alcalá en 1519 la necesaria preparación de los cristianos para la buena muerte: "Que por la mayor parte vemos los dolientes de pestilencia más que de otra dolencia estar en su buen seso y sana palabra hasta el último artículo de muerte: demandan y reciben deuotamente los santos sacramentos, necesarios a la saluacion del alma: iuocan la ayuda de dios y de los santos: demandan perdón de sus pecados en verdadera contrición: confiesan los artículos de la fe católica muy claramente, ordenan sus testamentos y disponen de sus haciendas con tanta cordura como si estuuiesen sanos"<sup>9</sup>.

---

(8) DUBY, Georges. *Año 1000, Año 2000. La huella de nuestros miedos*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, Chile p. 89.

(9) CIRUELO, Pedro. *Hexameron Theologal sobre el regimiento medicinal contra la pestilencia*, Arnao Guillen de Brocar, Alcalá de Henares, 1519, Capítulo II. También en su celeberrimo *Tratado de las Supersticiones* obra editada por primera vez en 1549. De sus numerosas reimpressiones he consultado el texto facsimilar de 1628 impreso en Barcelona por Sebastián de Cormellas, en la edición de la Universidad Autónoma de Puebla del mes de noviembre de 1986, Eon Editores S.A., Florida México D.F. con estudio preliminar de María Dolores Bravo.

El fraile mercedario Pedro de Oña argumentaba como las pestes se convertían en el ansiado camino para volver a la misericordia del Creador: “... *las enfermedades las embiaua Dios, para que auisados los hombres por ellas, se bueluan a su Magestad, a pedirle remedio, y son como azote para que despertemos, y boluamos los ojos pidiendo misericordia. Este es el fin que tiene Dios juntamente en las pestes y enfermedades comunes de los pueblos; porque castiga la soberuia del Principe, le encarcela y pone grillos y despierta los coracones de los vasallos, para que bueltos a él, arrepentidos de sus particulares culpas, vse Dios de su clemencia con ellos y no les assuele y acabe de todo punto el Reyno*”<sup>10</sup>.

Era menester encontrar la coherencia que permitiera recomponer el mundo herido. Y el alivio principiaba por encontrar al culpable del desastre.

Sacrificios humanos para apaciguar el ánimo de divinidades exasperadas, se prolongaron en renovadas liturgias a lo largo de los siglos que continuaron descargando su miedo y angustias en el “otro”, en el distinto, en el *desemejante, rechazado por temido y temido por rechazado*, que no había podido integrarse aún al núcleo social herido.

Largas y sangrientas procesiones de flagelantes, que embozan en ocasiones, ritos de exorcismo, aúnan la desesperada súplica de toda una ciudad. En ellas participa toda la comunidad.

*“No hay espectadores más forzados que aquellos que, bloqueados en sus casas miran por sus ventanas cerradas. Todos los demás, clérigos, laicos, magistrados y simples ciudadanos, religiosos y cofrades de todos los hábitos y todos los estandartes, masa anónima de habitantes, participan en la liturgia, rezan, suplican, cantan, se arrepienten y gimen*”<sup>11</sup>.

Pero este “desorden” del que hablábamos en los párrafos anteriores, debe ser compensado por un modelo disciplinario que vigile y controle eficazmente el mundo de los vivos, los enfermos y los muertos.

Pero es muy difícil anudar esta caótica estructura... y sostenerla.

Veremos a continuación en estas páginas, cómo aparecieron nuevos segmentos desde las mismas bases sociales, que actuaron para contrarrestar la epidemia.

## II. El ataque de la peste

La “*peste negra*” es una zoonosis es decir una enfermedad que proviene del mundo animal. El bacilo, descubierto en 1894, es transmitido por las pulgas de las ratas o de otros roedores salvajes, como marmotas o ardillas que contagian la peste.

(10) OÑA, Fray Pedro de. *Primera parte de las postrimerías del hombre*. Pamplona, [S.n.] (por Carlos de Labayen, A costa del Convento de nuestra señora de la Merced), 1608. p. 650.

(11) DELUMEAU, Jean. *El miedo en Occidente*, cit, p. 219.

Las cacerías de pieles practicadas por los pueblos nómades de las estepas mongolas contribuyeron a su difusión, cuando la dominación mongol se afincó y se multiplicaron sus redes comerciales en Europa y Asia la peste viajó rápidamente desde las planicies mongolas hasta Constantinopla, Asia Menor y África y a través del Mediterráneo, impactando hacia 1347 en Europa hasta 1400, alentada por el intenso tráfico marítimo, no tardando en convertirse en una enfermedad endémica con periódicos rebrotes, que sin alcanzar la virulencia del primero, cobraban significativamente sus víctimas en los sectores de la población más vulnerable<sup>12</sup>.

La enfermedad se caracteriza por la presencia de hemorragias cutáneas “*bubas*” de color azulado, pústulas de sangre que le imprimen al enfermo un singular aspecto, tras un rápido periodo de incubación de tres a cinco días. Alta temperatura, escalofríos, náuseas, sed, agotamiento físico y temblores estaban acompañados por dolores y fuerte sudoración.

En el otoño de la Edad Media no era un flagelo desconocido, porque aún se guardaba memoria de la epidemia que había diezmando la Corte de Justiniano, salvando de su estrago al propio Emperador, pero no se esperaba esta peste que avanzaba decidida desde tierras lejanas.

Afirma Ana Luisa Haindl Uribe: “*La epidemia que llega a Europa hacia 1347, vino desde China, donde había un foco endémico que se mantuvo hasta el siglo XX, viajando hacia Europa a través de la ruta de la seda, se cree que desde los lagos Issy Kakoul y Baljash, pasando por Samarcanda, las costas del mar Caspio, los ríos Volga y Don, hasta llegar a la península de Crimea. Se sabe que entre 1338 y 1339, la Peste se hallaba en la meseta central asiática. Porque se han encontrado restos de cementerios nestorianos cerca del lago Issik-Kul, donde se detecta una anormal y elevada mortandad para esas fechas, además de tres inscripciones funerarias que dan a entender sus causas*”<sup>13</sup>.

Los mongoles que llegan desde el Mar Negro traen la peste. Las tácticas bélicas de *catapultar* cadáveres infectados aceleran el desarrollo de la epidemia y aunque aún no se conoce cabalmente el inicio del recorrido de la peste, es posible inferir que tras su rápida propagación por las costas del Mar Mediterráneo haya continuado su camino hacia el norte de Europa, Alemania, Inglaterra, Escandinavia y el Báltico matando alrededor del 30% de la población europea.

Algunas escuetas crónicas medievales, entre ellas la *Crónica Real de Alfonso XI* relata los avatares sufridos por la corona castellana durante el impacto de la peste dando cuenta de los padecimientos de los que no pudo huir ni el mismo Rey, fatal víctima de la epidemia: “*Le fué dicho et aconsejado (al rey) que se partiese de la cerca, por quanto morían muchas compañías de aquella pestilencia, et estaba el su cuerpo en grand peligro: empero por todo esto nunca el Rey quiso partirse del dicho real sobre Gibraltar. Et*

---

(12) HAINDL URIBE, Ana Luisa. “La peste negra”, cit.

(13) Ídem.



*fué la voluntad de Dios que el Rey adolesció, et ovo una landre. Et finó viernes de la semana sancta, que dicen de indulgencias, que fué á veinte et siete días de Marzo en la semana sancta antes de Pascua en el año del nascimiento de nuestro Señor Jesu Christo de mili et trecientos et cincuenta años, que fué entonces año de jubileo...”<sup>14</sup>.*

Esta peste, en la que algún autor ha querido descubrir “el sentido nivelador de la muerte”<sup>15</sup>, cuya ruta de traslado es aún sujeto de controversia pues el supuesto trazado inicial, de peregrinaciones religiosas a Santiago de Compostela que infectan el territorio entre los meses de marzo a julio de 1348 expandiéndose luego la epidemia de norte a sur hasta Coimbra y luego hacia el este, Lugo, Asturias y León en octubre del mismo año, hasta atacar el valle del Duero “*aunándose con la procedente del reino de Aragón*”<sup>16</sup>, impactando luego en Toledo y alcanzando en 1350 las tierras andaluzas, fue cuestionado por otros estudiosos en la precisa oportunidad de fechas y focos de contagio<sup>17</sup>.

Lo cierto es que no tarda en convertirse en un azote endémico con gran facilidad de contagio, que embaraza la recuperación de la población, cuyas cotas demográficas descienden sustancialmente en medio del ahogo que suponía el estancamiento económico que se acumulaba a las crisis originadas por las largas guerras.

Afirmaba Juan Gómez Bravo en su erudito *Catálogo*, que “tanto estrago hizo en España la peste de mil quatrocientos que, para poblar el Reino exhausto de gente, también en las guerras, revocó el Rey la ley antigua que prohibía casarse a las mugeres antes de cumplirse el año de viudez, y mandó publicar que en adelante lo pudiesen executar”.

La medida refiere la *Carta Real* emitida desde Cantalapiedra el 8 de mayo de 1400, precepto, que no innovaba demasiado en la materia pues del mismo modo y por las mismas razones la había adoptado Pedro I en las Cortes de Valladolid de 1351.

Se saltaba de este modo la añeja costumbre castellana de guardar la viuda luto durante un año evitando un nuevo matrimonio, tradición normativa que evocaba el Arcipreste de Hita, en su *Libro del Buen Amor*:

(14) *Crónica del muy alto et muy católico Rey D. Alfonso el Onceno*, en Biblioteca de Autores Españoles, Tomo LXVI, Madrid, 1953, I, p. 391.

(15) MITRE, Emilio. *Morir en la Edad Media. Los hechos y los sentimientos*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2019, p. 61.

(16) AMASUNO SARRAGA, Marcelino V. *La Peste en la Corona de Castilla durante la segunda mitad del siglo XIV*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Salamanca, 1996.

(17) Difieren de este modo PORTELA SILVA, Ermelindo. *La región del Obispado de Tuy en los siglos XII a XV. Una sociedad en la expansión y en la crisis*, Santiago de Compostela, 1976. VACA LORENZO, Ángel. *La Peste Negra en Castilla. Aportación al estudio de algunas de sus consecuencias económicas y sociales*, en *Studia Histórica. Historia Medieval*, II. Salamanca, 1984:94-97; CABRILLANA, Nicolás. “La crisis del siglo XIV en Castilla: La Peste Negra en el obispado de Palencia”, *Hispania*, 108, 1968, pp. 245-58 y “La Peste Negra en Castilla. Nuevos testimonios”, *Studia Histórica, Historia Medieval VIII*, Salamanca, 1990, pp. 159-71.

*“Non me estaría bien  
casar ante del año; que a bivda non convièn,  
fasta que pase el año de los lutos que tien  
casarse, ca el luto con esta carga vien”<sup>18</sup>.*

Pero López de Ayala cronicaba escuetamente la presencia de la peste en 1387: *“Este Año (1387), en el mes de Marzo, el Duque de Alencastre, é el Maestre Davis, que se llamaba rey de Portugal, entraron en el Regno de Castilla por la parte de Benavente; é eran los de Portugal dos mil é seiscientas lanzas é seis mil peones; é con el Duque de Alencastre eran seiscientas lanzas é otros tantos archeros; que todos los otros era muertos de pestilencia en Galicia después que y llegara el dicho Duque, é aun morían en la hueste donde andaban”<sup>19</sup>.*

Relata luego: *“Después que el Duque de Alencastre llevo en Galicia e después que entro en Castilla, siempre ovo grand mortandad en sus compañías, en guisa que perdió muchas gentes de las suyas; e segund se sopo por cierto, morieron trescientos caballeros e escuderos, e muchos archeros e otras gentes”<sup>20</sup>.*

Un texto de la época que arroja información precisa sobre las epidemias sevillanas es el que compone, entre los años 1353 a 1381 o 1382, el médico de origen converso radicado en Sevilla Juan de Aviñón: *“Sevillana Medicina. Que trata el modo conservativo y curativo de los que abitan en la muy insigne ciudad de Sevilla: la qual sirve y aprovecha para qualquier otro lugar destes reynos”*, intentando trazar el registro de las epidemias sufridas en la región durante la segunda mitad del Siglo XIV. La obra se publica en Sevilla el 5 de noviembre de 1545<sup>21</sup>.

Entretanto la literatura no permaneció ajena al albur de las nuevas adversidades.

Cuando arreciaban los días de la epidemia de la peste negra que asolaba Florencia en 1348, siete jóvenes mujeres y tres hombres que se encuentran en la iglesia de Santa María Novella resuelven abandonar la ciudad y buscar refugio con sus criados en una deliciosa villa de la campiña vecina, donde cada uno de los miembros del grupo relatará en la noche un cuento, con excepción de la jornada dedicada a las labores y los días sagrados exentos del trabajo.

Con esta estrategia discursiva se estructuran las cien historias del *Decamerón*, inicialmente escrito por Giovanni Boccaccio entre los años 1351 a 1353 en el ocaso de la Edad Media.

---

(18) ARCIPRESTE DE HITIA. *Libro de Buen Amor*, Edición de Alberto Blecua, Cátedra, Madrid, 1992, p. 188.

(19) LÓPEZ DE AYALA, Pedro. *Crónicas*, edición prólogo y notas de José Luis Martín, Planeta, Clásicos Universales Planeta, Barcelona, 1991. p. 626.

(20) Ídem, p. 627.

(21) *“Sevillana Medicina. Que trata el modo conservativo y curativo de los que abitan en la muy insigne ciudad de Sevilla: la qual sirve y aprovecha para qualquier otro lugar destes reynos”*, Sevilla, en casa de Andrés de Burgos, 5 de noviembre de 1545.



Mientras la peste recrudecía en la moribunda Florencia, en un jardín retirado de la ciudad enferma florecía un espacio feliz de abrumada sensualidad donde el amor y el erotismo eran los principales convidados.

El proemio del texto señalaba la aterradora imagen de la peste en cuadros horriblos como el de dos puercos destrozando un cadáver... para luego agonizar: *“Un día..., estando los despojos de un pobre hombre muerto de tal enfermedad arrojados en la vía pública, y tropezando con ellos dos puercos, y como según su costumbre se agarrasen y le tirasen de las mejillas primero con el hocico y luego con los dientes, un momento más tarde, tras algunas contorsiones y como si hubieran tomado veneno, ambos a dos cayeron muertos en tierra sobre los maltratados despojos”*<sup>22</sup>.

El escenario alcanzaba sus cotas dramáticas en la población más vulnerable: *“De la gente baja, y tal vez de la mediana, el espectáculo estaba lleno de mucha mayor miseria, porque éstos, o por la esperanza o la pobreza retenidos la mayoría en sus casas, quedándose en sus barrios, enfermaban a millares por día, y no siendo ni servidos ni ayudados por nadie, sin redención alguna morían todos. Y bastantes acababan en la vía pública, de día o de noche; y muchos, si morían en sus casas, antes con el hedor corrompido de sus cuerpos que de otra manera, hacían sentir a los vecinos que estaban muertos; y entre éstos y los otros que por toda parte morían, una muchedumbre”*.

Contra esta peste que azotaba la *“egregia ciudad de Florencia..., nobilísima entre las otras ciudades de Italia”* desatada por *“obra de los cuerpos superiores o por nuestras acciones inicuas por la justa ira de Dios para nuestra corrección”* y que había comenzado algunos años antes *“en las partes orientales privándolas de gran cantidad de vivientes, y continuándose sin descanso de un lugar en otro”*, no valían *“ningún saber ni providencia humana, como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entraren ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) ni valiendo tampoco las humildes súplicas dirigidas a Dios por las personas devotas no una vez sino muchas ordenadas en procesiones o de otras maneras, casi al principio de la primavera del año”*.

Sus dolorosas manifestaciones: *“sangre de la nariz... signo de muerte inevitable, hinchazones que desde el comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas... donde crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo... llamadas bubas por el pueblo”*, que luego se trocarían por *“manchas negras o lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y raras y a otros menudas y abundantes”* anticipaban sin vueltas la muerte del enfermo al que no podía auxiliar *“consejo de médico o virtud de medicina alguna; ... porque la ignorancia de quienes lo medicaban (de los cuales, más allá de los*

---

(22) BOCCACCIO, Giovanni. *Decameron*. Hay numerosas ediciones. Las citas que siguen en el texto han sido tomadas del Capítulo: Jornada I. Principio. *Comienza la primera jornada del Decamerón, en que luego de la explicación dada por el autor sobre la razón porque acaeció que se reuniesen las personas que se muestran razonando entre sí, se razona bajo el gobierno de Pampinea sobre lo que más agrada a cada uno.*

*entendidos había proliferado grandísimamente el número tanto de hombres como de mujeres que nunca habían tenido ningún conocimiento de medicina) no supiese”.*

Boccaccio señala el altísimo grado de contagio que la enfermedad llevaba: “*se propagaba no solamente el hablar y el tratar con los enfermos... sino también el tocar los paños o cualquier otra cosa que hubiera sido tocada o usada por aquellos enfermos, que parecía llevar consigo aquella tal enfermedad hasta el que tocaba... Digo que de tanta virulencia era la calidad de la pestilencia narrada que no solamente pasaba del hombre al hombre, sino lo que es mucho más... que las cosas que habían sido del hombre, no solamente lo contaminaban con la enfermedad sino que en brevisimo espacio lo mataban”.*

En el tránsito de este mismo Siglo XIV, una noble mujer zaragozana, Camarera Mayor, privada y valida de la reina Catalina de Lancaster<sup>23</sup>, entre 1406 a 1412 cuando ejercía la regencia del reino, por los derechos dinásticos de su hijo Juan II de Castilla, tras la muerte de Enrique III de Castilla *el Doliente*<sup>24</sup>, escribe sus *Memorias*.

Concertados sus esponsales en 1369, cuando contaba siete años de edad con Ruy Gutiérrez de Hinestrosa<sup>25</sup>, el futuro Alcalde Mayor de Córdoba, debió aguardar para consumar el matrimonio<sup>26</sup> del que nacerían cuatro hijos<sup>27</sup>.

Las desventuras de una vida turbada por los azares de un destino incierto enmarcadas en la historia de la castilla bajomedieval durante la guerra entre Pedro I y Enrique de Trastámara, donde el primero resulta muerto en Montiel a manos de su hermanastro Enrique de Trastámara, se vuelcan en las nueve apretados folios de un escrito notarial escueto e intenso, intitulado: “*Vida y tragedias de Leonor López*

---

(23) Catalina de Lancaster, hija de Juan de Gante, Duque de Lancaster y de Constanza de Castilla, hija a su vez de María de Padilla y de Pedro I, había nacido en 1372.

(24) Su breve etapa como favorita de la Reina concluye en 1412 por instigaciones cortesanas que debilitan su posición y concluyen en el destierro de la Corte y el retiro de todos los cargos palatinos. Falleció en julio de 1430 a los 68 años de edad y fue enterrada en la capilla de Santo Tomas de Aquino del Convento de San Pablo de Córdoba al que en 1409 había dotado para convertirlo en su última morada.

(25) Era primo de las infantas, hijo y único heredero de María de Haro, Señora de Haro y de los Cameros y de Juan Señor de Hinestrosa, Canciller del Rey y Mayordomo de la Reina Doña Blanca.

(26) En 1375 -al cumplir los doce años- Leonor contrajo matrimonio, conforme con los términos del pacto esponsalicio, celebrado a menor edad con Ruy Gutiérrez de Hinestrosa. Una escritura de reconocimiento de dote que hizo Ruy Gutiérrez de Hinestrosa en Córdoba en 1386 anota: “*que puede aver diez, o doze años poco más o menos*” que “*fecimos nuestras bodas en faz de la iglesia de Carmona*”. Se deja constancia de la dote de Leonor: sesenta mil maravedís en dinero: “*los quales dichos sesenta mil maravedís resceví por vos y en nombre de vos e para vos del dicho don Martín López, vuestro padre, en doblas de oro de justo peso moriscas y en paños de oro e de seda y en plata y en ropas y en alajas y en preseas de casa y en joyas y en otros bienes e cosas*”. Cuando fue prometida, su padre le había dado veinte mil doblas “*en casamiento*”. Conforme LÓPEZ DE CÓRDOBA, Leonor. Introducción y edición crítica. *Vida y tragedias de Leonor López de Córdoba. Memorias dictadas en Córdoba entre 1401 y 1404*. Al cuidado de María Milagros Rivera Garretas. Biblioteca Virtual Duoda.

(27) Una hija Leonor de Hinestrosa y tres hijos: Juan Fernández de Hinestrosa, el primogénito, nacido en 1387 o 1388, Martín López de Hinestrosa y Gutierrez de Hinestrosa.

de Córdoba. *Memorias. Dictadas en Córdoba entre 1401 y 1404*”, donde Leonor relata su vida<sup>28</sup>.

El documento original se ha perdido. Una copia incompleta descubierta en el Siglo XIX, que se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla, describe en un instrumento notarial de nueve folios, escrito en primera persona y plagado de aforismos legales la dramática historia de Leonor narrada en tono de defensa sobre las vicisitudes de su vida, su valía familiar y su pasado. Y en ese breve relato aparece la peste.

La peste que asoló Castilla en 1374 y cuyos embates logró resistir Leonor se llevó a parte de su familia: *“Y el dolor le llego a mi corazón... y yo me sintiera humillada y muy amarga porque por mi había entrado en aquella casa una enfermedad tan grave... y por mis pecados trece personas murieron”*<sup>29</sup>.

*“En esto, vino una pestilencia... e murieron todos mis dos hermanos e mis cuñados e trece cavalleros de la casa de mi padre. E Sancho Miñes de Villendra, su camarero mayor, decía a mí y a mis hermanos: Hijos de mi señor, rogad a Dios que os viva yo, que si yo vos vivo nunca moriréis pobres. E plugo a Dios que murió el tercero día sin habla”. A todos estos muertos -explica con horror- “los sacaban a desherrar al desherradero como moros después de muertos. E el triste de mi hermano don Lope López pidió a el alcaide de que nos tenían que le digese a Gonzalo Ruiz Bolante, que nos hazía mucha caridad e mucha honra por amor de Dios: “Señor alcaide, sea agora vuestra merced que me tirase estos hierros en antes que salga mi ánima en que no me sacasen al desherradero”. E él díxole: “Si en mí fuese, yo lo faría”. Y en esto salió su ánima en mis manos, que avía él un año más que yo. E sacáronlo en una tabla al desherradero, como a moro”*<sup>30</sup>.

El documento describe minuciosamente las prácticas religiosas con las que Leonor intentaba desesperadamente afrontar la epidemia: *“Y yo, que tenía mucha devoción en estas palabras, rezaba esa oración todas las noches rogando a Dios que me quisiese librar a mí y a mis hijos; o que, si alguno se tuviera que llevar, se llevase el mayor porque era muy enfermizo. Y quiso Dios que, una noche, no encontraba quien velase aquel chico enfermo porque habían muerto todos los que hasta entonces le habían velado. Y vino a mí ese hijo mío, que le llamaban Juan Fernández de Hinestrosa como a su abuelo, que tenía doce años y cuatro meses, y me dijo: “Señora, no hay quien vele a Alonso esta noche”. Y le dije: “Veladlo vos, por amor de Dios”. Y me respondió: “Señora, ahora que han muerto otros ¿queréis que me mate a mí?” Y yo le dije: “Por la caridad que yo le hago, Dios tendrá piedad de mí”. Y mi hijo, por no salirse de mi mandato, fue a velarle; y, por mis pecados,*

(28) La historia de Leonor fue novelada por Vicenta María de Márquez de la Plata y Ferrandiz, autora de *La válida* que obtuvo en Sevilla el III Premio Ateneo de Novela Histórica en el año 2009.

(29) LÓPEZ DE CÓRDOBA, Leonor. *Vida y tragedias de Leonor López de Córdoba. Memorias. Dictadas en Córdoba entre 1401 y 1404*, Biblioteca Virtual de Investigación Duoda.

(30) Ídem.

*aquella noche le dio la peste, y al otro día le enterré. Y el enfermo vivió después, habiendo muerto todos los que he dicho*<sup>31</sup>.

La *peste negra* impacta decisivamente en la psicología del hombre medieval. Herido y doliente por el extremo sufrimiento físico atravesado, conmocionado por la constante pérdida de sus familiares y amigos, aterrorizado por los cíclicos contagios, advirtiendo que ninguna medicina es eficaz, pues se desconocían aun las causas de la epidemia, sus mecanismos de contagio y por lo tanto el modo de combatirlas, sumergido a su vez en un horizonte doloroso y caótico donde la muerte es una presencia constante, se entreteje un escenario de inmutable pánico y aguda conflictividad social, cuya misma impotencia para el abordaje de la solución lo inclina a acudir al consuelo de la religión o al refugio de los saberes mágicos.

La *peste negra* se convirtió luego, en un padecimiento endémico con rebrotes periódicos en los dos siglos posteriores. Sin la virulencia del estallido de 1347 se replicaron en 1362-1364 y 1374-1376 llegando sus últimas estampidas hasta el Siglo XVIII.

El género literario médico creado en la época describe solo los síntomas que aquejan a los enfermos, los bubones, las pústulas, los vómitos, las convulsiones, pero sin avanzar aun en las causas que lo habían originado o señalar algún tratamiento efectivo.

*La enfermedad es siempre el castigo del pecado.*

La constante presencia de la enfermedad y de la muerte acentúa la religiosidad de hombres y mujeres desesperados “multiplicando por un lado, los actos de piedad masivos y por otro, produciendo una verdadera avalancha de donaciones que beneficiaron a la Iglesia”<sup>32</sup>. Se multiplican en las escrituras testamentarias las *mandas del alma* que ordenan celebrar misas, oficios, procesiones, rezos y liturgias para asegurar el descanso del alma y procurar siempre *la buena muerte*, sin aclarar demasiado las causas que la provocaban, pues pululan los entresijos del rigor formulario: “*estando echado en la cama de la enfermedad que Dios Nuestro Señor a sido servido de me dar*”.

El género literario de los *Ars moriendi* indicaba minuciosamente los pasos que deben cumplirse para el buen morir, presentándose ante el *Juicio Final* del modo que lo indicaba la Iglesia de Cristo.

Se ha juzgado que: “*En los testamentos se percibe el dualismo que propugna el cristianismo: el mundo terrenal como un lugar de paso, morada de vicios que debe despreciarse; y el mundo celestial identificado con la virtud y el Paraíso. El “buen morir” comienza por las invocaciones a Dios, a la Virgen y a la Corte Celestial pero pasa por purgar los errores cometidos en la vida. Para ello deben dejar por escrito, encontrándose en plenas facultades*

---

(31) Ídem.

(32) AMASUNO SARRAGA, Marcelino. *La Peste en la Corona de Castilla durante la segunda mitad del siglo XIV*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996, p. 69.

mentales, las obras de misericordia que rediman sus pecados. Dichas obras se destinan tanto a iglesias y monasterios como a cofradías, pobres, enfermos y hospitales. Estas entidades beneficiarias constituyen la materialización de la caridad cristiana, precepto fundamental del buen cristiano. Ahora bien, las obras misericordiosas, signos de humildad y generosidad, llevaban aparejada una segunda función: beneficiar al linaje o familia del testador, así como a su red clientelar. Las fundaciones de capellanías, memorias y hospitales encubren las redes de parentesco y clientelismo del otorgante del testamento”<sup>33</sup>.

Peste negra, lepra, cólera, viruela, sífilis, tifus, fiebres malignas. Todo en sucesivas oleadas de “*pestes y plagas*” cuyos nombres se utilizaban indistintamente para referenciar epidemias que producían gran mortandad, sin existir registros documentales ciertos y conciencia clara de sus especificidades<sup>34</sup>.

En su pieza teatral “*Barlán y Josafat*”, Lope de Vega le hacía confesar en el Cuadro I al personaje *Pobre*:

“Mentira? Mal corrimiento  
te venga a ti si yo miento.  
Y tú lo ves, pues lo miras  
Señor, ello hay cojedades,  
anginas, apoplejías,  
catarros, disenterías  
gangrenas, sarnalidades,  
podagras, fiebres y tisis,  
estrangurias, ramicosis,  
lepras, gotas, poliposis,  
garrotillos, parálisis,  
freumas, eduos, cefaleas,  
lecentropeas y nauseas,  
tabardillo, escotromeas,  
toses y melancolías.  
reumas y gotas corales,  
fimeras y comiciales,  
vermias e hidropesias,  
hipocomndiaco, alfon  
cáncer, tercianas, alpes,

---

(33) PORTILLA GONZÁLEZ, Aída. “El arte del buen morir en los testamentos medievales de la catedral de Sigüenza (siglos XIII-XV)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III Historia Medieval. Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, UNED, Año 2016.

(34) AURELL, Jaume. “La transversalidad de la historia de la muerte en la Edad Media”, en Jaume Aurell Cardona (coord.), Julia Pavón Benito (coord.), *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Universidad de Navarra, Ediciones Universidad de Navarra, EUNSA, ISBN: 84-313-1981.

*sabañones, mal francés*"<sup>35</sup>,

despertando la asustada repuesta de Cardan:

*"Callad con la maldición  
echad aquesos de ahí"*<sup>36</sup>.

Larga enumeración que no contaba con una clara conciencia de las causas, etiología y el modo de curar las múltiples dolencias señaladas.

*"El fuego del mal ardiente quema a las poblaciones del año mil. Una enfermedad desconocida provoca un terror inmenso. Pero aún no llega lo peor: la peste negra devasta Europa y liquida un tercio de su población durante el verano de 1348. Como el Sida para algunos en los años 80, esta epidemia se vive como castigo del pecado. Se busca entonces víctimas propiciatorias y se encuentra a judíos y leprosos: se los acusa de envenenar los pozos. Las ciudades se repliegan, prohíben que ingrese el extranjero sospechoso de contagio. La muerte está en todas partes, en la vida, el arte, la literatura. Pero los hombres de la época temen otra enfermedad, la lepra, que se considera propia de la perversión sexual. Sobre el cuerpo de esos desgraciados se reflejaría la podredumbre de sus almas. Aíslan y encierran entonces a los leprosos, rechazo radical que recuerda algunas actitudes para con el Sida"*<sup>37</sup>.

Cuando se cree haber identificado *al chivo expiatorio*, al que se supone culpable de la peste, se desata una cruda xenofobia que construye un imaginario pesimista y cruel en ocasiones de incontenibles consecuencias.

Resurge el mundo de las mentalidades mágicas, se desconfía de la medicina científica, a quien coyunturalmente se le atribuye incluso haber provocado la peste por el empleo de medicamentos y prácticas que son resistidas.

Curanderos y sanadores con sus empastos de polvos y yerbas naturales, sus conjuros y oraciones inspiran mayor confianza *"por el fortalecimiento del pensamiento mágico cuando, la medicina tradicional no logra dar respuesta a la epidemia"*<sup>38</sup>.

---

(35) LOPE DE VEGA, Félix. *Barlán y Josafat*, en *Alicante Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes* 2002. Ubicación original: En Zaragoza, por Pedro Verges, 1641, Base de Datos Teatro Español del Siglo de Oro (TESO), Autorizada por Miguel Ángel Auladell Pérez. Notas de reproducción original: Edición digital a partir de Veinticuatro partes perfectas de las comedias del Fénix de España Lope de Vega Carpio... sacadas de sus verdaderos originales..., en Zaragoza, por Pedro Verges, 1641, Localización: Base de Datos Teatro Español del Siglo de Oro (TESO). Autorizada por Miguel Ángel Auladell Pérez.

(36) Ídem.

(37) Ídem. pp. 78-79.

(38) TORTORELLO, Yesica. "La fiebre amarilla en Buenos Aires: la gran epidemia de 1871 y su imaginario", en XVI Jornadas Interescuelas, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2017.



“*Tiempos de rencores*”<sup>39</sup> donde el otro se convierte rápidamente en el odiado *chivo expiatorio*, culpables de envenenar los pozos o traer el germen del contagio en sus baúles emponzoñados, lo que inevitablemente acelera los procesos de intolerancia y desencadenan la persecución y el acoso.

En el Nuevo Mundo se desataron epidemias de sarampión, “*modorra*,” tífus, *plaga pulmonar*, gripe, malaria y “*fiebres cuartanas*”, disentería hemorrágica, difteria, fiebres palúdicas, fiebre amarilla, viruela que los aztecas referenciaban como *buey zahuatl* o “*gran erupción cutánea*” que atacó todo el continente en sucesivas oleadas, originando la célebre *Real Expedición Filantrópica de la Vacuna* o *Expedición Balmis*, sufragada por Carlos IV que dio la vuelta al mundo entre los años 1803 a 1806, con el propósito de erradicar la viruela de todos los rincones del Imperio español.

Las primeras técnicas empleadas para luchar contra la viruela consistían en las prácticas de la *variación* que suponía extraer líquido de las pústulas de una persona enferma en la última etapa de su dolencia para inocularlo a una persona sana mediante una pequeña incisión en el brazo.

El nuevo recipiendario se enfermaba, pero rara vez moría al recibir una pequeña dosis del virus.

Desde los experimentos pioneros de Edward Jenner que había observado cómo los ordeñadores de vacas lecheras adquirían una variedad de viruela más leve por el contacto con los animales, que los inmunizaba luego del ataque de la viruela.

Los primeros experimentos: extraer el líquido de las pústulas de la ubre de la vaca e inocularlo a una persona sana provocaban una infección que habitualmente no generaba la muerte y además los inmunizaba contra la viruela.

Esta fue la estrategia desplegada en la *Expedición Balmis*, financiada por el Rey Carlos IV, cuya hija la infanta María Teresa había muerto víctima de la viruela.

A bordo del navío *María Pita*, el 30 de noviembre de 1803 se embarcaron en el puerto de La Coruña, el alicantino Francisco Javier de Balmis, médico de la Corte, junto a médicos asistentes, prácticos, enfermeras y la Rectora del Orfanato *Casa de Expósitos* de la Coruña Isabel Zendal o Sendales Gómez que agrupaba un conjunto de 22 niños, cuyas tiernas edades oscilaban entre los 3 a 9 años, elegidos así para asegurar que no hubiesen padecido la viruela, y entre los que se encontraba el propio hijo de Isabel Zendal o Sendales Gómez, bajo la promesa de una vida mejor<sup>40</sup>.

(39) HEERS, Jacques. *Occidente durante los siglos XIV y XV*, ed Laber, Barcelona, 1968, p. 65.

(40) La planta embarcada comprendía a su Director Francisco Xavier Balmis y Berenguer Subdirector: José Salvany y Lleopart, Ayudantes: Manuel Julián Grajales Antonio Gutiérrez Robredo, Practicantes: Francisco Pastor y Balmis Rafael Lozano Pérez Enfermeros: Basilio Bolaños, Antonio Pastor y Pedro Ortega la Rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña: Isabel Zendal o Sendales Gómez y los niños de la Casa de Expósitos de Santiago: Vicente Ferrer (7 años) Pascual Aniceto (3 años) Martín (3 años) Juan Francisco (9 años) Tomás Metitón (3 años) Juan Antonio (5 años) José Jorge Nicolás de los Dolores (3 años) Antonio Veredia (7 años) Francisco Antonio (9 años) Clemente (6 años) Manuel

A estos niños, en su mayoría huérfanos o provenientes de humildes hogares, se los infectaba de dos en dos cada 9 o 10 días para mantener vivo y fresco el virus, en un tiempo carente de cámaras de refrigeración, a través de esta verdadera *cadena humana de contagio organizado, donde el suero viajaría pasando de brazo en brazo hasta llegar al Nuevo Mundo*. La Expedición cumplió el amplio periplo señalado<sup>41</sup>.

### III. Las epidemias en el Río de la Plata

En la segunda mitad del Siglo XIX, el Río de la Plata sufrió brotes de *fiebre amarilla* traída en 1857 desde Montevideo por barcos provenientes del Brasil, donde la enfermedad era endémica. Un año después, la enfermedad volvió a aparecer, causando 300 muertos en la ciudad de Buenos Aires, cifra que se duplicaría diez años más tarde con la epidemia de *cólera* de 1867.

Si bien la primera epidemia de *cólera*, casi no registró víctimas, la segunda oleada en el verano de 1868 atacó gran parte de Buenos Aires y más de 10 provincias argentinas.

La epidemia logró paralizar las operaciones militares, enfermando a 4.000 soldados y matando a 2.400. *“Entre vómitos y diarreas... exprimía los cuerpos de las víctimas hasta la última gota de agua, convirtiendo en pocas horas a un hombre joven y robusto en un pingajo arrugado, un tembloroso esqueleto, apenas recubierto por una piel reseca y quebradiza”*<sup>42</sup>.

Su virulencia se llevó incluso al Vice Presidente de la Nación Marcos Paz, que reemplazaba al General Mitre, ausente de la República por la dirección de la Guerra del Paraguay.

Esa misma contienda, iniciada en 1865, sería la causa de un nuevo brote de *fiebre amarilla* que cobraría la vida de alrededor de 14.000 personas en apenas cuatro meses.

---

María (3 años) José Manuel María (6 años) Domingo Naya (6 años) Andrés Naya (8 años) José (3 años) Vicente María Sale y Bellido (3 años) Cándido (7 años) Francisco Florencio (5 años) Gerónimo María (7 años) Jacinto (6 años) Benito Vélez el hijo adoptado de Isabel Zandal o Sendales Gómez. La reglamentación de la Expedición Balmis preveía para los niños embarcados: *“Serán bien tratados, mantenidos y educados hasta que tengan ocupación o destino con que vivir, conforme a su clase y devueltos, a los pueblos de su naturaleza, los que se hubiesen sacado con esa condición”*. A cada uno de ellos se le entregó un hatillo con un ínfimo equipamiento de dos pares de zapatos, seis camisas, un sombrero, tres pantalones con sus chaquetas de lienzo y otro pantalón de paño más abrigado, tres pañuelos para el cuello, tres para la nariz, un peine, un vaso, un plato y un juego de cubiertos.

(41) Los avatares de la Expedición Balmis se reflejaron en la literatura y en el cine. Julia ÁLVAREZ escribió: *Saving the World* (2006); Antonio VILLANUEVA EDO: *Los héroes olvidados* (2011); Javier NEVEO: *Los niños de la vacuna* (2013); Javier MORO. *A flor de piel* (2013); María SOLAR: *Los niños de la viruela* (2017).

(42) SCENNA, Miguel Ángel. *Cuando murió Buenos Aires 1871*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1974, p. 165.

Veremos a continuación como se desarrolló la epidemia de 1871 de fiebre amarilla o *vómito negro*.

### III.1. La Epidemia de fiebre amarilla o *vómito negro* de 1871

*“Quien se detuviera en el centro de la Buenos Aires de 1870, tendría como impresión fundamental la de haber entrado a una ciudad grande y pacífica. Una febril actividad se desarrollaba en la zona de los muelles y en algunas calles comerciales adyacentes, pero el resto de la ciudad se extendía en calles tranquilas; parecía reposar dentro de los patios y detrás de las paredes de ladrillos revocados de sus casas de una sola planta. Esta era la ciudad más populosa y el puerto más importante de la Argentina, el centro administrativo del gobierno nacional y la capital de la provincia más grande y más rica del país. No obstante, la vida transcurría con ritmo pausado”<sup>43</sup>.*

Xavier Marmier observaba: *“No conozco nada parecido a la de Buenos Aires, cortada en líneas rectas y dividida en “manzanas”, iguales de 150 metros por lado. Cuando se averiguan las señas de alguna persona, aquí se responde siempre: vive a dos o tres cuadras y media; y ya tenéis, metro más, metro menos, la medida exacta. El mismo espíritu de uniformidad que ha inspirado el ancho de las calles preside la construcción de las casas”<sup>44</sup>.*

En el último cuarto del Siglo XIX la ciudad de Buenos Aires, un geométrico damero que componía un verdadero tablero de ajedrez, afrontaba una paradoja cuya absurda incongruencia sellaría amargamente el destino de la epidemia de 1871: la ciudad recostada sobre el gran río había crecido demográficamente en absoluta soledad con su estructura habitacional.

Buenos Aires se encontraba habitada por casi 180.000 personas con un altísimo porcentaje de población inmigrante alojada en condiciones paupérrimas.

Este crecimiento demográfico se robusteció en el considerable ingreso de población inmigrante.

Alentada como un decidido motor de progreso económico, en toda la segunda mitad del Siglo XIX, se desarrollaron políticas de aliento a la inmigración, tarea que no tardó en cuajar con un altísimo ingreso de sectores empobrecidos de Europa, que huían desesperados de pésimas condiciones de vida y trabajo.

El *Resumen Estadístico del Movimiento Inmigratorio en la República Argentina Años 1857-1924* arroja cifras elocuentes<sup>45</sup>.

---

(43) SCOBIE, James. *Buenos Aires del Centro a los Barrios. 1870-1910*, Editorial Hachete, Buenos Aires, 1977, p. 57.

(44) MARMIER, Xavier. *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, Biblioteca Virtual Universal, 2010.

(45) DIRECCIÓN GENERAL DE INMIGRACIONES. *Resumen Estadístico del Movimiento Inmigratorio en la República Argentina Años 1857-1924*, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, Buenos Aires, 1925.

Entre 1857 y 1890 ingresaron al país 1.281.577 inmigrantes distribuidos de este modo: 20.000 inmigrantes arribaron entre los años 1857 a 1860; 159.570 lo hicieron entre los años 1861 a 1870; 260.885 entre 1871 y 1880 y 841.122 entre los años 1881 y 1890 respectivamente.

Entre los días 15 al 17 de setiembre de 1869 por especial gestión del Presidente de la República se llevó a cabo el Censo Nacional dirigido por el Doctor Diego G. de la Fuente.

Sus resultados apuntaron a que la población del territorio argentino ascendía a 1.830.214 habitantes, incluidos 93.138 indios que habitaban las regiones chaqueña, patagónica, fueguina y misionera. La distribución de esa cifra se desglosaba en el escenario provincial del siguiente modo: Buenos Aires, 495.107; Córdoba, 210.508; Entre Ríos, 134.271; Santiago del Estero, 132.898; Corrientes, 129.023; Tucumán, 108.953; Santa Fe, 89.117; Salta, 88.933; Catamarca, 79.962; Mendoza, 65.413; San Juan, 60.319; San Luis, 53.294; La Rioja, 48.746; Jujuy, 40.379; y los territorios nacionales, 93.291.

La población urbana agrupaba a 600.670 habitantes, y la rural 1.136.406. Eran argentinos, 1.526.784 pobladores, y extranjeros, 210.292. El 71% de las personas mayores de 6 años eran analfabetas.

La ciudad de Buenos Aires, con altas tasas de natalidad, pero también de mortalidad, contaba con 177.787 habitantes, entre los cuales moraban 88.126 extranjeros: 44.233 italianos y 14.609 españoles.

Sobre casi 19.000 viviendas urbanas, 2.300 revestían una construcción primaria de madera o barro y paja.

Las cuatro ciudades más pobladas eran Córdoba, Rosario, San Miguel de Tucumán.

Lo que también reveló el Censo fue el exponencial crecimiento de la ciudad porteña. Horacio C. Rivarola destacaría en 1910 las características más enfatizadas del Censo de 1869: *“La ciudad cabeza aumenta, crece desmesuradamente, y da motivo a la afirmación tantas veces traída y llevada del peligro e inconveniente de la cabeza enorme con cuerpo pequeño”*.

Pero el desarrollo edilicio de la planta urbana de la ciudad no acompañaba la desbordada elocuencia de su despliegue demográfico. Las viviendas de locación múltiple, el clásico *“conventillo”*, asentado en casonas que habían sido abandonadas por sus dueños originales, quienes sin embargo conservaban la propiedad de las mismas y las rentaban por cuartos a los inmigrantes recién llegados, convirtiéndolas en un próspero negocio, no tardó en erigirse en un peligroso foco de contaminación epidémica.

Las antiguas residencias del austero y melancólico barrio del sur, que otrora había albergado a las principales familias porteñas, progresivamente abandonadas por estas hacia 1860, en busca de zonas menos pobladas.

Asentados en espacios mezquinos, atestados de inmigrantes, con cocinas comunes u hornillos improvisados colocados en los mismos dormitorios, letrinas compartidas “mezclados los olores a los alientos”<sup>46</sup>, los conventillos fueron el primer y único refugio de las oleadas de inmigrantes que a diario vomitaban las panzas de los barcos. Trescientas cincuenta o cuatrocientas personas se acomodaban en el espacio que antes había cobijado a una familia de veinticinco miembros y su personal de servicio<sup>47</sup>.

El alto rendimiento del sistema que aportaba a sus propietarios beneficios superiores de los que resultaban de alquilar la casa a una sola familia hizo que los conventillos proliferaran rápidamente.

Las casas de inquilinato, acondicionando antiguas mansiones, surgieron en Buenos Aires finalizando la década del 50. Luego, la readaptación de casas antiguas compitió con la construcción de edificios baratos destinados a locaciones múltiples, conservando estos la estructura de la planta con patio y una sola puerta a la calle.

Hacia 1867 Justiniano Lynch mandó construir especialmente uno de los primeros edificios destinados a este fin en la calle Corrientes, entre Talcahuano, y Uruguay. Constaba de 30 habitaciones que median 5 por 5 metros.

En 1880 había aproximadamente unos 1770 conventillos en Buenos Aires que reunían 24.023 habitaciones, de las cuales 17.744 estaban construidas con material y 6.279 con madera y techos de zinc.

Las habitaban 51.915 personas: 19.820 hombres, 14560 mujeres y 17.535 menores de 12 años.

En 1883 la cifra había trepado a 1.868 conventillos con un total de 25.465 habitaciones que proporcionaban refugio a 64.156 personas.

Los números no cesaban de crecer, en 1887 se contabilizaron 2.835 inmuebles con una población de 116.167 almas: 39.895 argentinos y 76.324 extranjeros sobre un total poblacional de la ciudad de 437.875 habitantes.

Estos míseros albergues fueron el primer refugio de las corrientes inmigratorias.

Unos años después, el Censo de 1887 registraba entre los moradores de las casas de inquilinato, situadas en el radio céntrico un 72% de población extranjera, mientras que en toda la ciudad el porcentaje de extranjeros habitantes de conventillos alcanzaba el 66%<sup>48</sup>.

El conventillo fue juzgado como el nexo natural de elementos heterogéneos: “La planchadora, el compadre mayoral de tranvías, el español anarquista, el napo y el tano

---

(46) SCENNA, Miguel Ángel. *Cuando murió Buenos Aires*, cit., p. 133.

(47) SCOBIE, James. Cit., p. 191.

(48) CENSO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, 1887. Tomo II, .p. 30.

*verdulero y el turco mercachifle han trenzado en sus patios bulliciosos la temática del saínete y la raigambre de un mundo nuevo que entrecruzó sus ramas como las plantas de un monte cimarrón*"<sup>49</sup>.

La población local tardó en asimilar al elemento extranjero. Sus ropas, costumbres, aspecto y lenguaje fueron el motivo de las burlas del criollo, quien inmediatamente despreció al "gringo".

El señorío español había consagrado la superioridad "de la toga, la espada por encima del martillo, la pala y el yunque"<sup>50</sup>. Parecía pues, que la presencia del inmigrante era admitida únicamente en aras de la exaltación del progreso.

Por lo demás, el inmigrante desarraigado nostálgico perseguido por el recuerdo de mil penurias se había decidido a efectuar este "salto al vacío" ilusionado con la esperanza de obtener un rápido progreso económico. Su tesonera actitud, desplazando en más de una ocasión al elemento local le granjeó las antipatías de este<sup>51</sup>.

La literatura de la época no tardó en reflejar el conflicto entre ambos mundos. Tanto en "La gringa" de Florencio Sánchez como "En la sangre" de Eugenio Cambaceres se pinta el choque entre los antiguos dueños de la tierra y los recién llegados.

Conscientes de ese rechazo los extranjeros se agruparon por naciones y a veces hasta por provincias, regiones, pueblos o aldeas, tal era su número que hasta estas minucias permitía. Algunos conventillos sumaron pues a connacionales. Se convirtieron en verdaderas islas donde se había trasplantado el cerrado dialecto, las costumbres, la música y los cantos de la patria lejana.

Entretanto, las condiciones en que se desarrollaba el trabajo, considerado como una mercancía, que debía regularse por el libre juego de las leyes de mercado, conforme al criterio clásico<sup>52</sup> establecían una jornada promedio de 10 horas que se extendía en ocasiones hasta 12 o 14. No existían periodos de vacaciones, licencias, ni la consideración de los días feriados. Ni aun el descanso hebdomadario gozaba de general aceptación, pues muy parcialmente se aplicaba.

Si el obrero faltaba por causa de enfermedad se le descontaba el día. Los talleres y las fábricas no reunían generalmente las mínimas condiciones de seguridad e higiene. En cualquier momento el trabajador podía ser despedido sin indemnización ni preaviso alguno. Mujeres y niños desde los seis y siete años trabajaban en condiciones similares a los hombres, pero recibiendo siempre un jornal menor.

---

(49) ECHEBARNE, Marcelo. *La influencia del arrabal en la poesía argentina culta*, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1955, p. 146.

(50) SCOBIE, James, Cit. p. 280.

(51) MARTIRÉ, Eduardo. "El Noventa. Una epidemia moral que llamaremos fiebre del progreso", en *Lecciones y Ensayos*, Números 21-22, Buenos Aires, 1961, p. 110.

(52) MARTIRÉ, Eduardo. "El Proyecto de Ley Nacional de Trabajo (1904) a través de la prensa porteña", *Revista de Historia del Derecho (RHD)*, Tomo III, Buenos Aires, 1975, p. 230.



Los salarios sufrirían además sensibles deterioros por las crisis monetarias que se sucederían en el último cuarto del siglo XIX.

Eduardo Wilde un joven “*médico de los pobres*” que a juicio de un testigo de la época, Paul Groussac, “*se portó admirablemente durante la epidemia*”<sup>53</sup>, conocía perfectamente por su ejercicio profesional el escenario de los *conventillos* y sobre el particular confesaba: “*Yo por mi profesión me veo obligado muchísimas veces a penetrar y tener ocasión de observar lo que allí pasa. Un cuarto de conventillo..., es el comedor, cocina y despensa, patio para que jueguen los niños, sitio donde se depositan los excrementos a lo menos temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia si la hay, morada del perro y del gato, depósito de agua, almacén de comestibles, sitio donde arde de noche un candil, una vela o una lámpara, en fin, cada cuarto de estos es un pandemonium donde respiran contra todas las prescripciones higiénicas, contra las leyes del sentido común y del buen gusto y hasta contra las exigencias del organismo mismo cuatro, cinco o más personas*”<sup>54</sup>.

Carentes de servicios cloacales y de un adecuado suministro de agua potable, la contaminación de las napas de agua donde se extraía el líquido vital con la peligrosa vecindad de los pozos ciegos que recibían las aguas servidas, los desechos y las basuras de la ciudad provocaba múltiples infecciones y severas enfermedades gastrointestinales.

El obrero pintor, escritor y periodista Adrián Patroni, una de las voces más elocuentes del socialismo temprano, que vivió en las habitaciones de los *conventillos* porteños describía: “*los tugurios que habitan las familias obreras en Buenos Aires, los que a su vez sirven de dormitorio, sala, comedor y taller de sus moradores. Pocos son los conventillos donde se albergan manos de ciento cincuenta personas. Todos son a su vez, focos de infección, verdaderos infiernos, pues el ejército de chiquillos en eterna algarabía no cesan en su gritería, mientras los más pequeñuelos, semidesnudos y harapientos, cruzan gateando por el patio recogiendo y llevando a sus bocas cuanto residuo hallan a mano; los mayorcitos saltan, gritan y brincan, produciendo desde las 7 de la mañana hasta las 9 de la noche un bullicio insoportable*”<sup>55</sup>.

Guillermo Rawson es un médico higienista que atravesó la epidemia de 1871 trabajando arduamente en lazaretos y hospitales. Haremos referencia a sus esfuerzos en los siguientes párrafos. La dramática realidad de los *conventillos* porteños no le era pues ajena. En su “*Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*” traza un vehemente y despiadado informe construido en esos difíciles años y publicado en 1885 cuya exaltada vehemencia no tiene desperdicio, por ello, a pesar de su extensión me permito la transcripción completa de los párrafos iniciales. Allí denunciaba la

---

(53) GROUSSAC, Paul. *Los que pasaban*, Estudio Preliminar de Alejandro Eujenian, Editorial Taurus Colección Nueva Dimensión Argentina dirigida por Gregorio Weinberg, Buenos Aires, 2001, p. 69.

(54) WILDE, Eduardo. *Arrendamiento de las obras de salubridad de la Capital*, Buenos Aires, 1887, p. 67.

(55) PATRONI, Adrián. *Los trabajadores en la Argentina*, Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1898.

dramática situación de las viviendas marginales, los contrastes entre las infecciones sufridas por los hijos de los ricos y de los pobres y como unas encadenaban a otras.

Denuncia la: “... acumulación de centenares de personas, de todas las edades y condiciones, amontonadas en el recinto malsano de sus habitaciones; recordemos que allí se desenvuelven y se reproducen por millares, bajo aquellas mortíferas influencias, los gérmenes eficaces para producir las infecciones, y que ese aire envenenado se escapa lentamente con su carga de muerte, se difunde en las calles, penetra sin ser visto en las casas, aun en las mejor dispuestas.... los que hayan tenido la oportunidad de observar la vida que se pasa en esas habitaciones malsanas que venimos estudiando, los que hayan seguido con interés el proceso de afocamiento de las enfermedades infecciosas y epidémicas, podrán comprender que, de la alta cifra de defunciones, 2.200 a lo menos, proceden de las casas de inquilinato, lo que daría, sobre los 64.156 habitantes que ellas tenían, una mortalidad de 34 por mil. Y si se considera que, de los 1.500 muertos de viruela, más de mil han ocurrido en aquellas acumulaciones, se puede apreciar la influencia perniciosísima que esas casas ejercen, no solo por el sufrimiento de sus moradores, tan dignos de compasión, sino por la difusión de las enfermedades”. infecciosas, y la mayor gravedad que ellas asumen en aquellos focos horribles de donde se transmiten al resto de la población”<sup>56</sup>.

Adam Altgelt, es un vecino de Buenos Aires, un hombre que vive en la época y padece los desatinos de la ciudad, sin propósitos políticos ni historiográficos, escribiendo al correr de la pluma para el recuerdo personal, afectuoso y entrañable de sus hijos y nietos, traza una deliciosa e íntima crónica familiar, donde no faltaba la denuncia de la angustiada realidad sanitaria de la ciudad porteña: “Desde que fue construida nuestra ciudad, nunca se evacuó un excusado. Los pozos negros tienen una profundidad de 20 a 60 pies... no tienen revestimiento carecen de caños de salida. Los líquidos son absorbidos por la tierra circundante, y cuando las partes sólidas se han acumulado, hasta llegar casi al inodoro, se hace un nuevo pozo al lado y se lo comunica con el viejo mediante una pequeña zanja. Va a parar allí también los residuos de la cocina. De modo que tenemos 30.000 pozos negros o “aguas de los mil olores” llenos al tope y otros 15.000 hasta la mitad,

---

(56) RAWSON, Guillermo. *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1895. Continuaba el autor que citamos: “Las casas de inquilinato, con raras excepciones, si las hay, son edificios antiguos, mal construidos en su origen, decadentes ahora, y que nunca fueron calculados para el destino a que se les aplica. Los propietarios de las casas no tienen interés en mejorarlas, puesto que así como están les producen una renta que no podrían percibir en cualquier otra colocación que dieran a su dinero. Había el año pasado 1.868 casas de inquilinato, teniendo entre todas 25.645 habitaciones y el término medio del alquiler mensual de cada una destas era de m\$N 136. La renta que estas propiedades producen ascienden, según estos datos, a m\$N 3.487.720 cada mes y el producto anual sube a m\$N 41.852.640, o sea 1.730.162 pesos nacionales oro... Es claro que a los propietarios no les conviene vender estas fincas; y la prueba de ello es que se han enajenado 2.600 casas de 22.500 que existían en 1862, lo que corresponde al 10% del número de casas en esa fecha; y no se encuentran entre estas ventas ni el 2% siquiera de las casas de inquilinato, siendo de notar que en el mayor número de los casos esas enajenaciones tan escasas habrán sido determinadas por arreglos de familia o por otras causas que están lejos de ser financieras o comerciales”.

*que continuamente a través de todos los poros, transpiran sus miasmas, convirtiendo a la ciudad en los días sin viento, y con elevada humedad, en una verdadera cueva pestilente*<sup>57</sup>.

La deficitaria recolección de la basura acumulaba los despojos en zonas periféricas de la ciudad, donde con una piedra de considerables dimensiones se aplaban los residuos para utilizarlos luego como relleno de los terrenos bajos y para nivelación de las calles que se pavimentaban “a bola”.

El calor del verano fermentaba los desechos enterrados que despedían vapores insoportables que se escapaban por las juntas del pavimento.

La recolección se llevaba a cabo en carros abiertos que levantaban los residuos amontonados en estado de putrefacción que solían desbordar la capacidad del transporte “dejando al paso un reguero de residuos que ya nadie volvía a levantar”<sup>58</sup>.

A su vez, saladeros, mataderos, graserías y otros establecimientos de una incipiente industria decimonónica, arrojaban displicentemente sus desperdicios al Riachuelo o sus afluentes sin tratamiento alguno.

La sangre y las entrañas desechadas del sacrificio de los animales, en los mataderos vecinos a las márgenes del Riachuelo terminaban en sus aguas, circunstancia que provocaba la infestación de las orillas, donde se criaban nubes de moscas y mosquitos, a la par que una marea de hedores repugnantes invadía la atmósfera de la ciudad.

Se había construido un verdadero *basurero líquido*, convertido en un foco infeccioso por la gran cantidad de materias orgánicas en estado de putrefacción que albergaban sus fétidas aguas, convertidas en el perfecto *caldo de cultivo* para la incubación de mosquitos.

*La Nación* en su edición del día 15 de febrero de 1871 denunciaba: “Parece que el lecho del Riachuelo es una inmensa capa de materias en putrefacción. Su corriente no tiene ni el color del agua. Unas veces sangrienta, otras verde y espesa, parece un torrente de pus que escapa a raudales de la herida abierta al seno gangrenado de la tierra. Un foco tal de infección puede ser la causa de todos los flagelos, el cólera y la fiebre. ¡Hasta cuando respiraremos el aliento y beberemos la podredumbre de ese gran cadáver tendido a espaldas de nuestra ciudad!”<sup>59</sup>.

“Solo faltaba una epidemia que pusiera a prueba las leyes del mercado”<sup>60</sup>.

(57) ALTGELT, Adam. *Los viejos Altgelt*. Buenos Aires, 1990, citado por HARISPURU, Adela. “Buenos Aires, 1871. Crónica de una epidemia”, en *Así hacíamos Historia*, Volumen I-2 Otoño de 2008.

(58) GARCÍA CUERVA. Pbro Jorge Ignacio. *La Iglesia en Buenos Aires durante la epidemia de fiebre amarilla de 1781*, Tesis de Licenciatura, Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de Buenos Aires, Buenos Aires, 2002, p. 20.

(59) LA NACIÓN. Ejemplar del 15 de febrero de 1871.

(60) PIGNA, Felipe. *La fiebre amarilla en Buenos Aires*, en <https://www.elhistoriador.com.ar>

### III.2. Y la epidemia llegó

Probablemente en barcos provenientes de Asunción, en pleno desarrollo de la Guerra de la Triple Alianza la enfermedad arribó a Buenos Aires en el mes de enero de 1871.

Previamente se registró un brote en Corrientes.

Exhausta por la larga guerra que mantenía con el Brasil desde 1864 y desde el 1 de mayo de 1865 con los países de la Triple Alianza, Paraguay atravesaba hacia finales de 1870 los estertores finales de la guerra.

Carente de estructura sanitaria, agotada, abatida y hambreada Asunción sufrió en los últimos meses de 1870, un brote de fiebre amarilla originada por los contagios provocados por prisioneros paraguayos repatriados desde el Brasil, virus que rápidamente se trasladó a Corrientes, donde el primer caso fue diagnosticado el 14 de diciembre de 1870.

*“Ciudad pequeña, de calles arenosas sin empedrar, con pocas veredas y muchos aleros buscando crear sombra, de casas chatas de un solo piso con gloriosos jardines interiores, arbolada con la sed de frescura de un clima tórrido en verano, poblada de iglesias de extraña construcción, llevaba desde siempre una vida calma de severas raíces, expresada en la serena pachorra de sus habitantes, bajo cuya parsimonia escondían una dureza de granito”<sup>61</sup>.*

La guerra la convirtió en el principal nudo de comunicaciones con el mando aliado y estratégica cabecera en el abastecimiento de las tropas en operación, con un puerto donde atracaban todos los navíos prestos al combate y un incesante traslado de tropas. La peste cobró 2000 muertos en los primeros meses de 1871.

Era pues inevitable la infección de Buenos Aires, sede de las autoridades nacionales del país, de los provinciales y aún de las municipales.

La fiebre amarilla se desarrollaría con especial virulencia en las zonas más densamente pobladas de San Telmo, Montserrat, San Nicolás, San Miguel, Catedral al Sur y Balvanera.

El Censo Municipal de 1887 denunciaba el siguiente encadenamiento mensual de las 13.614 muertes ocurridas en el primer semestre de 1871: Enero: 6. Febrero: 298. Marzo: 4.895. Abril: 7.535. Mayo: 842. Junio: 38.

De esta cifra de 13.614 muertes ocurridas en el primer semestre de 1871 resulta significativo acotar que el 75% de las mismas correspondía a extranjeros, totalizando 10.217 muertos, con alta incidencia de población italiana que vivían en barrios muy afectados por la epidemia y con mayor presencia en hombres. La multiplicación de las defunciones, que alcanzaron su pico más dramático en el transcurso del mes de abril, no alteró empero la dinámica poblacional que *“se recuperó de inmediato”<sup>62</sup>.*

---

(61) SCENNA, Miguel Ángel. Cit., pp. 183-184.

(62) MAGLIONI, Carolina – STRATTA, Fernando. *Impresiones profundas. Una mirada sobre la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires*, Población de Buenos Aires, Año 6, Número 9, ISSN 1668-5458.

Pese a que las muertes en la ciudad se multiplicaban<sup>63</sup>, los festejos de carnaval del mes de febrero de 1871 no fueron interrumpidos, porque “*los cascabeles de Momo no lograron apagar los dobles de las campanas*”<sup>64</sup>.

Inexplicablemente los periódicos incitaban a la población a sumarse a los festejos: “*Carnaval: Ya no hay duda de que este será espléndido en el presente año. ¡La cosa se ha formalizado! Hay un buen espíritu y se llevará a cabo, como no se ha visto hasta ahora en Buenos Aires. Será un carnaval de no te muevas. Aprontarse*”<sup>65</sup>.

Mientras Mardoqueo anotaba: “*Las fiestas arrecian y la fiebre se olvida. Los excesos rendirán sus frutos*”, hombres y mujeres bailaban en un frenético *intermezzo* que muy pronto sería reemplazado por vómitos pestilentes y una montaña de cadáveres.

Y aun cuando se admitiera la presencia de la peste, todavía se intentaba borrar la sombra amenazante de una epidemia. “*Mucha alarma, grandes preparativos, para salvarse de una epidemia que aún no se ha iniciado con carácter epidémico... Podemos garantizar al pueblo que la fiebre amarilla no tiene el carácter alarmante que se le atribuye, por algunos espíritus medrosos... Lo que sucede hoy con la fiebre amarilla en la parroquia de San Telmo no tiene el carácter de antes, pues los casos de hoy son raros y de carácter esporádico*”<sup>66</sup>.

Ignorada por las autoridades, la fiebre avanzaba a pasos agigantados.

Las viviendas de locación múltiple, radicadas en el barrio de San Telmo: Bolívar 392 y Cochabamba 113 constituyeron los primeros focos del contagio.

Bolívar 392 era un pequeño inquilinato de apenas 8 cuartos donde moraba el inmigrante italiano Ángel Bignollo de 68 años de edad, quien murió junto a su nuera Colomba de 18 años. La certificación de sus muertes, acreditada por el médico que los atendió, Juan Antonio Argerich, el 27 de enero de 1871 indicaba respectivamente una *gastroenteritis* para el primero e *inflamación de los pulmones* para la segunda. Esta certificación, que ocultaba la verdadera causa de sus muertes para evitar el pánico de los restantes inquilinos del conventillo, fue comunicada en sus términos reales al Comisario de la Sección 14 Filemón Naón, quien la elevó al Jefe de Policía Enrique Gorman.

Sin embargo, la Comisión Municipal presidida por Narciso Martínez de Hoz no comunicó lo ocurrido, pese a las advertencias severas de los doctores Luis Tamini, Santiago Larrosa y Leopoldo Montes de Oca.

---

(63) Febrero concluyó con 288 fallecidos.

(64) GROUSSAC, Paul. *Los que pasaban*, cit., p. 69.

(65) *La Discusión*. Ejemplar del día 30 de enero de 1871

(66) *La Discusión*. Ejemplar del día 7 de febrero de 1871, citado por GARCÍA CUERVA, Pbro. Jorge Ignacio. “*La Iglesia en Buenos Aires...*”, cit., p. 54.

Cuando se suponía localizado el brote epidémico en los barrios del sur se desencadenó otro foco de infección en un conventillo ubicado en la calle Paraguay entre Artes y Cerrito.

El desvencijado caserón que poseía una capacidad para albergar 50 habitantes estaba ocupado por 320 inmigrantes.

Una nota macabra precipitó el drama. El dueño del inmueble se había empeñado en acumular los desechos, que los más de trescientos habitantes generaban diariamente, en el patio trasero de la casa, donde conformaban una descomunal montaña de basura, que el tórrido verano de 1871 no cesaba de fermentar, preciado festín de ratas, roedores, moscas y mosquitos.

En estas condiciones el contagio se hallaba asegurado.

El relato de *La Nación* refiere como murieron el propietario, su esposa y sus hijos y cuando las autoridades llegaron... precisaron 10 carros de basura “para eliminar la montaña que, como monumento a la miseria y a la infamia se alzaba en los fondos de la casa”.

Entretanto, la peste ya había tomado la ciudad.

El deceso de un pasajero enfermo, desembarcado y alojado en el Hotel *Roma* de la ciudad de Buenos Aires, sito en la calle Cangallo entre Esmeralda y Maipú, fallecido el 22 de febrero de 1871, obliga a dictar las primeras medidas de desinfección completa del hotel y de las casas vecinas y al desalojo de toda la manzana, aunque aún no se tenía conocimiento cierto de las causas del contagio.

En esos días aciagos, un empresario catamarqueño afincado en Buenos Aires, vinculado a los periódicos de la ciudad, comenzó a trazar pinceladas certeras de la tragedia que se vivía en brevísimos desarrollos literarios, conformando un conjunto de observaciones con fuertes críticas a la gestión pública de la epidemia, que se apuntan entre los días 27 de enero al 22 de junio de 1871.

Cañido a una austera economía de palabras que no desdeñaba la precisión de la punzante denuncia, apuntaba vigorosamente a señalar la desidia de las autoridades.

El *Diario* que anotaba los hechos más sobresalientes ocurridos en cada jornada, constituye un desnudo y vibrante *retrato vivo* y la primera bibliografía que se escribió sobre la epidemia, mientras ésta se desencadenaba.

Tal es el *Diario de la Epidemia*<sup>67</sup>, que logra ser publicado el 5 de julio por la imprenta del diario *La República* acompañado de un cuadro cronológico ilustrativo de las defunciones ocurridas, clasificadas por nacionalidades.

El *Diario* denuncia la inicial actitud de ignorar la importancia de la epidemia pese a los reclamos de *La República* requiriendo la urgente implementación de me-

---

(67) NAVARRO, Mardoqueo. *El Diario de la epidemia de 1871*, Buenos Aires, Imprenta y fundición de tipos de la Sociedad Anónima del Diario La República, calle Belgrano 126, Buenos Aires 1871.



didadas sanitarias: 27 de enero: *Según las listas oficiales de la Municipalidad 4 de otras fiebres, ninguna de la amarilla*. El 3 de febrero anotaba: *“La fiebre no es asunto aún. Los municipales ni palabra a su respecto en su sesión de hoy que es de clausura”*.

Pero los casos de fiebre amarilla comenzaron a recrudescer.

El 4 de febrero se estableció un cordón sanitario para aislar el Barrio de San Telmo, el 7 Buenos Aires fue declarado *puerto infectado*. Se recomendó que ante la aparición de una persona infectada todos los habitantes de la casa fueran trasladados e inmediatamente puestos en cuarentena.

Entonces el Presidente Sarmiento y el Vicepresidente Adolfo Alsina abandonaron la ciudad.

Abordaron un tren acompañados de una extensa comitiva de setenta personas para intentar hallar seguro refugio en la ciudad de Mercedes, hija del antiguo *Fortín Mercedes*, distante a 100 kilómetros de Buenos Aires.

Sarmiento era el mismo hombre que al ascender a la primera Magistratura de la Republica había dicho: *“Una mayoría me ha traído al poder, sin que lo haya yo solicitado, y tengo por lo tanto derecho para pedirle, al sentarme en la dura silla que me ha deparado, que se mantenga unida, y que no eche en adelante sobre mí sólo las responsabilidades de su propio gobierno. (...) Teniendo por guía la Constitución Nacional, y como auxiliar la fuerza que ella pone en mis manos, alcanzaré a realizar algunas de las esperanzas que he bosquejado, entregando al que me suceda en este puesto, íntegra la República, prósperas las rentas, un mayor número de hombres felices y educados, la ley respetada, y acaso, aunque no lo espero, bendecido el gobierno”*<sup>68</sup>.

La actitud presidencial no pasó inadvertida. La Prensa en su ejemplar del 21 de marzo de 1871 denunciaba: *“Hay ciertos rasgos de cobardía que dan la medida de lo que es un magistrado y de lo que podrá dar de sí en adelante, en el alto ejercicio que le confiaron los pueblos... El hombre que manda, el que por su alto carácter oficial tiene que ser el ejemplo a imitar por todos los que exponen su vida y su fortuna en holocausto al bien público, y abandona el pueblo que gobierna en el momento en que la existencia de todo ese pueblo necesita el esfuerzo común y entusiasta de los que gobiernan para salvarlo”*<sup>69</sup>.

Paul Groussac resumiría con firmeza el severo parecer de la ciudadanía: *“Cada día señalaba un nuevo paro. Siguiendo a las industrias se paralizaron las instituciones. En abril habían dejado de funcionar sucesivamente las escuelas y los colegios, los bancos, la Bolsa, los teatros, los tribunales, la aduana, etc. Los gobiernos nacional y provincial decretaban la feria de sus oficinas, fuera de no dar personalmente, el presidente y el gobernador, ejemplo de heroísmo”*<sup>70</sup>.

(68) SARMIENTO, Domingo Faustino. *Obras Completas*, Tomo XXI, Buenos Aires, 1899, pp. 272 y 273.

(69) LA PRENSA, ejemplar del día 21 de marzo de 1871.

(70) GROUSSAC, Paul. *Los que pasaban*, cit. p. 71.

Mardoqueo Navarro no podía dejar de anotar en la jornada del 19 de marzo: *“Médicos que recetan desde el estudio. El Presidente huye, legisladores, jueces municipales etc. todos huyen cada día gratis”*.

Aunque se desconocía la verdadera causa de la fiebre atribuida a la pestilencia de las *miasmas* que atormentaban la ciudad, el tema estaba en la punta de los dedos.

Un artículo aparecido en la edición del 18 de marzo de 1871 en el Diario *La Prensa*, anunciaba el peligro acunado en los zanjones en la ciudad: *“Hay ciertas calles mal niveladas, como la de Perú, en que se ha notado la siguiente particularidad: la mayor parte de los casos de fiebre han tenido lugar en las casas que miran al oeste y muy raros en las que miran al este. Si se observa esa calle, tiene su declive sobre las manzanas que apoyan su fondo sobre la calle Bolívar y, por consiguiente, es sobre esas manzanas que tiene lugar el desagüe de la población. Se ha visto también que la fiebre, saltando desde la calle San Juan por encima de manzanas enteras, ha venido a posesionarse de las que quedan entre Chile, Méjico y Venezuela, próximas al desagüe del gran Tercero de la calle Chile y calles que se convierten en ríos durante las grandes lluvias. No están entonces fuera de camino los que creen que la epidemia sigue el curso de los desagües, hecho que viene a robustecer con la observación científica de que la fiebre busca y se desarrolla en las costas. Indudablemente el miasma de esta enfermedad necesita el vapor de agua y la humedad para su desarrollo...”*.

Porque en los zanjones de la ciudad se criaba el verdadero vector del contagio: la hembra del mosquito *Aedes aegypti*.

Faltarían aún algunos años para que el médico cubano Carlos Juan Finlay descubriera el ciclo de contagio provocado por la hembra de la variedad del mosquito *Aedes aegypti* que lograba nacer y vivir donde se acumulaban unos pocos milímetros de agua<sup>71</sup>.

La enfermedad transitaba un ciclo de rápida incubación, de dos a 4 días luego: *“... el paciente pasa a tener una temperatura de 40 grados, acompañada de escalofríos, quebrantamiento general e intenso dolor de cabeza, vómitos, ligeras diarreas, cefalalgias violentísimas, dolores musculares, afectando también el sistema nervioso, que juntamente con el aparato digestivo, el aparato circulatorio y el hígado, participan activamente de este estado infeccioso; se establece una insuficiencia hepática y renal. Al cabo de este período el enfermo parece recuperarse. Remiten los síntomas, desaparecen los dolores, calman los vómitos. Este intervalo puede durar hasta 48 horas. Luego aparece el tercer momento de la enfermedad, el cuadro se torna grave, el enfermo cae presa del delirio, la temperatura desciende por debajo*

---

(71) Las conclusiones, elaboradas luego de pacientes investigaciones en áreas de propagación de la fiebre, fueron presentadas en 1881 a la Academia de Ciencias de La Habana, justificando al mosquito como agente trasmisor del virus que se adquiría picando a una persona enferma. En su honor se consagró el día de su nacimiento, 3 de Diciembre, como el *Día de la medicina americana*, o como comúnmente se conoce, *Día del Médico*.

*de lo normal, la respiración es lenta, el pulso acelerado, vuelven los vómitos cada vez más oscuros hasta llegar al color de la brea o alquitrán, con nauseabundo olor*<sup>72</sup>.

El desconocimiento del periodo de contagio y de sus verdaderas causas impidió el hallazgo de la solución: la cura de los enfermos, la contención de la epidemia y el cuidado de la cuestión sanitaria de la ciudad.

Los criterios de la época atribuían a las “*miasmas*”, es decir a las emanaciones, efluvios y vapores provenientes del material orgánico en descomposición y las aguas estancadas, la verdadera causa de la epidemia.

Miguel S. Etchegaray al presentar en la Facultad de Medicina de Buenos Aires su Tesis: “*Fiebre Amarilla del año 1871*” con el padrinzago del Doctor Manuel Augusto Montes de Oca, sostenía que la fiebre amarilla era una enfermedad “*miasmática endémica o epidémica que se desarrolla en las islas o en las costas de América... La combinación del calor con la humedad favorece la descomposición de las sustancias animales o vegetales, que exhaladas y puestas en tales o cuales condiciones, favorecidas por las variaciones de la atmósfera y los desequilibrios eléctricos, alteran el aire atmosférico y lo hacen nocivo para la salud. La generalidad de los autores está acorde en admitir a estos miasmas pútridos como causas del tifus icterodes. La naturaleza de las causas productoras de la enfermedad y su forma remitente, con intermitencias a veces muy marcadas, hacen que se considere la fiebre amarilla como un envenenamiento miasmático que obra sobre la sangre y los centros nerviosos*”<sup>73</sup>.

Concluyendo el disertante: “*La naturaleza de las causas productoras de la enfermedad y su forma remitente, con intermitencias a veces muy marcadas, hacen que se considere la fiebre amarilla como un envenenamiento miasmático que obra sobre la sangre y los centros nerviosos*”.

Las familias se encerraban en sus casas, pero allí se refugiaba el peligroso enemigo que se reproducía en jarrones, vasijas y tachos de agua, charcos, macetas, aljibes, pozos donde se depositaban los huevos y se criaban los transmisores del virus que buscaba el ambiente caldeado de las habitaciones templadas.

“*Nuestros abuelos hospedaban a sus verdugos en el seno de sus hogares, y a muchos no les alcanzó la vida para comprenderlo*”<sup>74</sup>.

El 8 de marzo anotaba en su diario Mardoqueo Navarro: “*No hay hospitales, no hay sepultureros. Focos hay mil. Despoblación*”; en tanto, el 9 de abril de 1871 Mardo-

(72) SCENNA, Miguel Ángel. Cit., p. 120 y ss.

(73) ECHEGARAY, Miguel S. *Fiebre amarilla del año 1871*, Facultad de Medicina de Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, Buenos Aires, 1871.

(74) GARCÍA CUERVA, Pbro. Jorge Ignacio. “*La Iglesia en Buenos Aires durante la epidemia de fiebre amarilla de 1781*”, cit., p. 82.

queo Navarro asentaba: *“Los negocios cerrados, calles desiertas. Faltan médicos, muertos sin asistencia. Huye el que puede. Heroísmo de la Comisión Popular”*<sup>75</sup>.

Paul Groussac describía por su parte un panorama desolador de la ciudad inundada por las lluvias del verano: *“Durante una semana, las lluvias diluvianas acrecentaron las escenas del horror: los “terceros” del sur, torrentes callejeros, nos enseñaban brutalmente las miserias de los suburbios inundados, arrastrando en su carrera airada por los barrios centrales, maderajes, muebles, detritos de toda clase, hasta cadáveres.”*<sup>76</sup>.

Las Comisiones de Salubridad insistían en la muy necesaria observancia de estrictas medidas higiénicas que comprendían la desinfección con cal de los espacios sanitarios de las viviendas de la ciudad, el blanqueo completo de sus edificios, el continuo hervido del agua utilizada para la preparación de los alimentos, la completa y minuciosa higiene de las casas y personas.

Asimismo, se redujeron las horas de velorios y honras fúnebres, se ordenó señalar las casas donde habían morado los fallecidos y se ordenó la completa quema de los vestidos, enseres personales y ropa de cama que habían utilizado los fallecidos por la fiebre.

El tema ocupó espacio en las páginas de la prensa periódica. El 10 de febrero de 1871 *La Prensa* alertaba: *“Sobre el flagelo: Para que se vea cuanto contribuye para la salud el aseo de las personas y la ventilación y limpieza en las viviendas, conviene hacer notar que la mayor parte de los que han muerto de la fiebre, son gente que por lo regular, ya sea por pobreza o economía o abandono, vive en medio de la más completa miseria y suciedad”*<sup>77</sup>.

La quema de enseres, ropa y muebles que habían sido parte del patrimonio de los enfermos descubrió su faceta más dramática en el miserable escenario de los conventillos atestados de inmigrantes, donde la pobreza alcanzaba sus cotas más gruesas. *“Los conventillos de San Telmo acusaron el primer impacto de la psicosis colectiva: los inmigrantes, en su mayoría españoles e italianos, comenzaron a ser desalojados y echados a la calle. La propuesta era convertir esas viviendas en hospitales de campaña”*.

Expulsados de sus habitaciones y despojados de sus escasas pertenencias, por las órdenes y los gritos formulados en una lengua extraña, que a veces casi no entendían, vagaban atónitos por la ciudad intentando alojarse en los apresurados albergues que las organizaciones de caridad intentaban establecer con premura. Templos cerrados para los oficios del culto se convirtieron por la piedad de sacerdotes y religiosos en albergues temporarios, también vagones ferroviarios y campamentos del Ejército. Algunos inmigrantes lograron gestionar ante el Consulado de Italia el regreso a su

---

(75) El *Diario de la Epidemia* de Mardoqueo Navarro, fue luego publicado en el mes de abril de 1894 en *Anales del Departamento Nacional de Higiene*, Nº 15, Año IV, con el título de “Fiebre Amarilla, 10 de abril de 1871”.

(76) GROUSSAC, Paul. Cit., p. 72.

(77) LA PRENSA. Ejemplar del 10 de febrero de 1871.

patria lejana, en un viaje azaroso donde muchos perecieron y fueron arrojados a las aguas del Océano.

*¿Cuáles fueron los recursos médicos con que se intentaba afrontar la epidemia?*

Purgantes y vomitivos que, aplicados en exceso, no hacían más que debilitar el extenuado organismo humano aquejado por la fiebre, constituyeron los remedios más comúnmente aplicados.

La *Revista Medico Quirúrgica de Buenos Aires* en su ejemplar correspondiente al día 8 de mayo de 1871 aconsejaba: “El tratamiento que más ha sido empleado y con algún suceso por muchos facultativos, ha sido durante el primer período: evacuantes suaves, quinina en altas dosis en lavativas, algunos diaforéticos, frío a la cabeza, bebidas gaseosas y revulsivos cutáneos. En el segundo período continuación de las bebidas gaseosas alcalinas, y si el estómago se manifiesta muy susceptible, revulsivos al epigastrio. En el tercer período los tónicos amargos y los hemostáticos contra las hemorragias, combatiendo al mismo tiempo las complicaciones”<sup>78</sup>.

Tampoco faltó el ofrecimiento de “*curas mágicas*” que embozaban la oportunidad de un fecundo negocio.

Circulaban en la ciudad pequeñas publicaciones en forma de folletos que describían y aconsejaban la adopción de terapias supuestamente consideradas *infallibles* para la derrota de la fiebre.

Entre ellas cabe citar: “*Fiebre amarilla, curación, síntomas de supresión de orina, contagio, vómito negro, etc. Modo sencillo para curarse uno mismo*”, cuyo autor Ernesto Martín mandó imprimirlo rápidamente en Buenos Aires en este mismo año de 1871, en 24 páginas<sup>79</sup>.

Porque la epidemia también descubrió lo mejor y lo peor del alma humana.

La excelsa solidaridad y bondad de quienes arriesgaban su vida para ayudar al prójimo y la contracara de los que medraban con la catástrofe sanitaria.

“*En la ciudad desierta, casi sin policía, la bestia humana suelta, rondaba las calles, husmeando la presa. A veces el crimen no esperaba la noche, su habitual cómplice: los diarios dieron cuenta de asaltos perpetrados en pleno día, en la calle Florida. Andaban bandidos disfrazados de enfermeros y se denunció con horror el caso de un médico -extranjero- que robo 9.000 pesos debajo de la almohada de un cliente agonizante*”<sup>80</sup>.

Casas vacías y comercios cerrados se convirtieron muy pronto en el fácil blanco del saqueo.

(78) Citado por GARCÍA CUERVA, Pbro. Jorge Ignacio. *La Iglesia en Buenos Aires*, cit., p. 87.

(79) Un ejemplar del mismo se encuentra en University of Texas Libraries Austin, TX 78713, United States.

(80) GROUSSAC, Paul. *Los que pasaban*, cit., p. 72.

Mardoqueo Navarro dedicó también algunas lacónicas líneas al tema del delito en ocasión de la epidemia: 30 de marzo: *“La caridad explotada por ladrones disfrazados de pobres”*; 4 de abril: *“En los conventillos mueren los vivos, esperando heredar o robar a los muertos”*; 12 de abril: *“Asesinatos. Salteos”*; 13 de abril: *“Crímenes, vicios, negocios”*; 15 de abril: *“ladrones con carros”*; 16 de abril: *“La explotación de la caridad. Robos”*.

*“Estamos en una batalla”* anunciaba *La Nación*, *“donde no hay tiempo para contar y casi ni para sentir nuestros muertos”*<sup>81</sup>.

Y esa batalla, el domingo 9 de abril de la Pascua de Resurrección de 1871, significó la culminación de una Semana Santa donde los oficios religiosos habían sido suspendidos y los templos cerrados. Ese domingo pascual se convirtió en el día más dramático de la ciudad, pues cobijó 501 fallecidos por vómito negro. La cota de mortalidad se radicó entre el 40 y el 90 % de los infectados.

Fue el momento de mayor dramatismo y el más elevado epicentro de la tragedia que vivía la ciudad.

Absolutamente desbordada la Comisión Popular de la ciudad no halló otro recurso que aconsejar la huida desesperada de la ciudad.

El 22 de marzo nuestro escueto cronista de la tragedia anotaba: *“La muerte. El espanto. La soledad. Los salteadores. 300 toneladas de basura diaria”*, en tanto para el 10 de abril decía: *“563 defunciones - Terror - Fuga.”*, y al día siguiente: *“Reina el espanto”*.

Años más tarde, el sanjuanino Guillermo Colesbery Rawson, primer profesor de la Cátedra de Higiene en la Universidad de Buenos Aires expresaba haber sido testigo *“del hijo abandonado por su padre... la esposa abandonada por el esposo... el hermano moribundo abandonado por el hermano... Pero he visto también... en altas horas de la noche, en medio de aquella pavorosa soledad, a un hombre vestido de negro, caminando por aquellas desiertas calles. Era el sacerdote que iba a llevar la última palabra de consuelo al moribundo”*.

En las páginas del diario *El Nacional* del 24 de marzo de 1871 se leía: *“¡Escapar! ¡Escapar! Se vende o se alquila una gran casa quinta, en uno de los pueblos de campaña que toca el ferrocarril del Oeste. Para tratar, a toda hora. Confitería de Rivadavia y Libertad”*.

Las poblaciones vecinas a la ciudad recibían aterradas, por el temor al contagio, al río de residentes porteños que despavoridos huían de la ciudad, porque la peste comenzó a extenderse por los asentamientos vecinos. Afirma el ingeniero Bosio Moreno que 53.425 personas de un total poblacional de 198.500 se marcharon de la ciudad.

Pero *¿quiénes podían huir?*

Indudablemente las clases acomodadas que inicialmente habían abandonado las grandes casonas del barrio sur, foco de las primeras infecciones, para establecerse

---

(81) LA NACIÓN. Ejemplar del 12 de abril de 1871.



en la zona norte de la ciudad y en Belgrano, provocando la franca expansión de su planta urbana.

Ahora desertaban de sus nuevas y suntuosas mansiones, convertidas muy pronto en pasto del saqueo y el robo, para refugiarse en las quintas de veraneo o en estancias cercanas.

Paul Groussac evocaría la diáspora de los vecinos en una solitaria y abatida Buenos Aires sumida en la tristeza y en la desesperanza: *“Una de las tardes deliciosas y como irónicamente serenas de la semana lúgubre, cumplidos nuestros deberes humanitarios me propuso Lewis ir a visitar a José Manuel Estrada, que estaba veraneando en Belgrano. Acepte y realizamos el paseo, alquilando caballos en la calle Esmeralda... Al caer la noche emprendimos la vuelta. Mientras cruzábamos el campo y las quintas veníamos conversando casi alegremente. Al acercarnos al Retiro, sin darnos cuenta de ello, la charla fue arrastrándose penosamente entre grandes intervalos de silencio. Al embocar la calle Florida, muda, vacía, oscura, sin otra vida aparente, en algunas esquinas, que las fogatas de alquitrán, cuya llama “tinieblas visibles” movía sombras fantásticas, me suena todavía en el oído la voz ahogada del buen inglés que minutos antes venía callado: “Esto es demasiado triste, galopemos” Y entramos a todo galope en la inmensa necrópolis”*<sup>82</sup>.

Un testigo de la época confesaba: *“Vivíamos con una indiferencia a toda prueba encima de un volcán terrible, rodeado de charcos pestilenciales, envueltos en todas las emanaciones hediondas producidas por la incuria nuestra, erguíamos nuestros palacios en capas de inmundicias, que en el seno de la tierra destilaban lenta, pero seguramente, el veneno que debía transformar nuestras alcatifas en sudarios horrendos. Veíamos imposibles cambiarse nuestras calles en ríos fangosos que, bajo las caricias demasiado ardientes de un sol incansable, en lugar de arterias de la vida, se hacían vehículos de la muerte. Y todos estos vapores mefíticos, acusadores elocuentes e implacables de la negligencia pública y privada, se hacinaban en columnas verdaderamente infernales, ¡capaces de transformar el éter más puro en exhalaciones del valle de Upa! Apenas faltaba una chispa fatal para provocar la explosión... y esta chispa aún debe salir de nuestra incuria, de nuestra indiferencia homicida. El horrible azote de la fiebre amarilla, diezmaba las poblaciones de la Asunción y de Corrientes, y le dejamos puerta franca, y entró completándose en los elementos propicios que le habíamos amontonado... La muerte ya extendía sus brazos descarnados hacia nosotros, aún nos divertíamos locamente en las delicias carnavalescas, y ni siquiera teníamos lazaretos, ni corporaciones capaces de atacar y combatir el mal, ni la conciencia de este mismo mal...”*<sup>83</sup>.

La vida de la ciudad entró en un cono de sombra. A duras penas solo abrían los comercios de primera necesidad, escaseaban las provisiones y antes del atardecer las calles estaban desiertas y solo transitaban los carros abiertos que recogían los cadáveres de las calles y a veces hasta enfermos agonizantes.

(82) GROUSSAC, Paul. *“Los que pasaban”*, cit., pp. 73-74.

(83) *“Recuerdos 1871 y Esperanzas 1872”*, *El Plata Ilustrado, Semanario de literatura, artes, modas y ciencias*, 13, de 7 de enero de 1872.

El cronista de la tragedia Mardoqueo Navarro señalaba en su *Diario*: “*Se entieren vivos*”, en tanto en la anotación correspondiente al 16 de marzo apuntaba: “*Un muerto salió vivo*”.

Buenos Aires contaba con 40 carros fúnebres, pero la proliferación de los decesos obligó a transportar féretros en coches comunes de plaza y hasta en carros abiertos donde se apilaban los cuerpos hallados en las calles.

Hudson refería: “*Día y noche a todas horas se oían pesados carros que llevaban los muertos a montones y los melancólicos gritos prolongados de los conductores anunciando su llegada: ‘¡sáquen a sus muertos!’ En una ciudad apesada los extremos se tocan; aquellos que, sin miedo a la muerte se ponían a hacer el trabajo necesario, son invariablemente los espíritus más nobles, mientras sus ayudantes son con frecuencia los más degradados. Los que hacían la repugnante tarea de sacar a los muertos eran, en la mayoría de los casos, infelices abandonados, embebidos en cuanto crimen y vileza existen; mientras hacían su ronda se les oía peleando y gritando sus cantos de borrachos por las calles o imitando, como horrible broma, los gritos discordantes del barrendero*”<sup>84</sup>.

Cuando se agotaron los ataúdes o su precio se disparó, los cuerpos eran envueltos en sábanas “*y se los apilaba en los peores días de abril en carros de basura para su último traslado*”<sup>85</sup>.

El 20 de marzo Navarro había escrito: “*Antes: 40 coches para un muerto; ahora: un solo carro para muchos muertos*”.

La multiplicación de las defunciones desbordó la capacidad del Cementerio del Sur y obligó a una apremiada compra de las primeras hectáreas de la Chacharita de los Colegiales donde se instaló el nuevo Cementerio<sup>86</sup>.

La locomotora “*La Porteña*”<sup>87</sup> fue acondicionada para el transporte de los cadáveres, en dos viajes diarios por un ramal de desvío del Ferrocarril Oeste de 6 kilómetros de extensión, que los conducía hasta su descanso final.

Cuadrillas de obreros bajo la dirección del Ingeniero Augusto Ringuelet, habían trabajado aceleradamente a marchas forzadas para cumplir su cometido en el exiguo plazo de tres semanas.

---

(84) HUDSON, William Henry. *Ralph Herne*, Letemendia, Buenos Aires, 2006. p.72. Nos referiremos al autor y su obra en las páginas que siguen.

(85) GARCÍA CUERVA, Pbro. Jorge Ignacio. *La Iglesia en Buenos Aires...*, cit., p. 85.

(86) El Cementerio del Oeste debía su nombre *Chacarita de los Colegiales* al recuerdo de la Chacra o *Chacrita* del Colegio que la Compañía de Jesús había erigido en las afueras de la ciudad de Buenos Aires hacia mediados del Siglo XVIII.

(87) La Porteña había realizado su viaje inaugural el 29 de agosto de 1857 uniendo la Estación Parque (solar hoy del Teatro Colón) con la estación Floresta. Circuló durante más de tres décadas, cubriendo para el “Ferro-Carril del Oeste” el trayecto entre Liniers y Plaza Miserere, hasta su retiro en 1890. Se encuentra hoy en el Museo del Transporte de Lujan de la Provincia de Buenos Aires.

El nuevo tramo de este “*Tren de la Muerte*” partió por primera vez el 14 de abril del depósito de cadáveres instalado apresuradamente en la esquina de Corrientes y Pueyrredón donde los cuerpos albergados en ataúdes miserables que desprendían fétidos olores, esperaban el traslado en las vagonetas que conducía *La Porteña* accionada por John Allen quien no tardó en caer víctima del contagio<sup>88</sup>.

Ese día 14 de abril iniciando su viaje inaugural, *La Porteña* transportó 345 féretros.

La utilización de fosas comunes, donde los cadáveres eran enterrados conforme el orden de su llegada, en sepulturas de dos metros de profundidad, cubiertas por una espesa capa de cal preparada en la misma necrópolis, sobre la cual se volcaba luego tierra apisonada, resultó la solución aplicada.

### III.3. *La gestión popular de la Epidemia de fiebre amarilla de 1871*

Desde los primeros brotes epidémicos que había sufrido la ciudad se organizaron las iniciales disposiciones en resguardo de la salud pública.

En tal sentido, el Consejo de Higiene Pública intimó la adopción de algunas medidas, tales como el blanqueamiento de los edificios privados y públicos, la ampliación de los equipos de recolección de la basura y las visitas domiciliarias de inspección de salubridad de las viviendas.

Se crearon *Comisiones Parroquiales* integradas por los vecinos más respetables de cada parroquia, encargadas de la vigilancia de esta problemática, quienes debían a su vez nombrar los inspectores de manzanas, encargados de llevar a cabo visitas domiciliarias para controlar irregularidades y cursar las denuncias pertinentes.

La estrategia confiaba en el vecino la habilidad para prevenir y batallar contra los brotes epidémicos con el auxilio económico municipal, en una ciudad donde estallaban sus miserias: la carencia de sistemas correctos de eliminación de la basura, administración de excrementos, provisión de agua potable y enterramiento higiénico de sus cadáveres.

Pero en 1871, ante la ausencia del Estado, el Presidente y el Vice Presidente huidos, el Congreso Nacional cerrado y la Justicia ausente, la ciudadanía se moviliza y el 13 de marzo en un mitin popular, convocado desde la páginas de la prensa local, en la Plaza de la Victoria se conforma una *Comisión Popular* que intenta planificar y organizar los esfuerzos para combatir la epidemia<sup>89</sup>.

(88) GARCÍA CUERVA, Pbro. Jorge Ignacio. *La Iglesia en Buenos Aires...*, cit., p. 253.

(89) Estaba presidida por el abogado cordobés José Roque Pérez, e integrada por conocidos ciudadanos entre los que se contaban: Héctor F. Varela, M. Billinghamurst, Juan C. Gómez, Manuel Bilbao, Manuel Argerich, José María Cantilo, Manuel Quintana, León Walls, Carlos Guido Spano, Carlos Paz, F. López Torres, A. Ebelot, Aristóbulo del Valle, Evaristo Carriego, Alejandro Korn, José C. Paz, C. Martiño, Lucio V. Mansilla, Bartolomé Mitre y Vedia, Emilio Onruvia, Menéndez Behety, Francisco Uzal, T. Armstrong, hijo, B. Cittadini, César, José M. Lagos, F. Almonte, Gustavo Nessler, P. Ramalla,

Su domicilio se fijó primero en Bolívar 82 y más tarde en el edificio de la Universidad de Buenos Aires de la Manzana de las Luces. Su creación evidencia la activa participación de la ciudadanía ante la ausencia del Estado, la huida de sus más altos funcionarios y la imposibilidad de ofrecer y gestionar respuesta al flagelo que azotaba la ciudad, en un momento además en que se desconocía completamente las formas del contagio y el modo de atenderlo.

El abuelo de un futuro poeta<sup>90</sup> que nacería apenas doce años después de la tragedia, escribía en *"La Tribuna"*: *"No tengo millones que dar a los pobres, pero tengo un corazón que sabe asociarse siempre a todos los infortunios. Inicie Ud. que puede disponer de un órgano de publicidad, la idea de fundar una Asociación humanitaria cuyo fin sea prestar asistencia y medios de curación a las personas indigentes atacadas por la epidemia reinante y cuénteme desde ya como miembro de ella"*<sup>91</sup>.

La *Comisión Popular* se constituyó, pues, en un verdadero emergente social que intentó llevar adelante la gestión de la crisis, logrando amplia repercusión en las páginas de la prensa periódica local.

La *Comisión Popular* intentaba de este modo liderar el proceso de gestión de la epidemia por sobre otros órganos ya existentes, como las Comisiones Parroquiales estrechamente vinculadas a la Municipalidad y el Consejo de Higiene Pública.

En la segunda sesión de trabajo la *Comisión* elaboró su reglamento de trabajo que exigía reuniones diarias en asamblea general de sus miembros y turnos de guardia rotativos para atender las emergencias que se presentaran, debiendo elevar al Presidente de la Comisión un parte diario de lo acontecido.

Para agilizar su labor se organizaron Comisiones de trabajo en los temas de Higiene, Hacienda, Provisiones, Servicios, Médica y Asistencia, convocándose por medio de la prensa, su enorme aliado en esta tarea, a colectas públicas en dinero, ropa e insumos médicos para atender su cometido.

Las redacciones de los periódicos se convirtieron en receptorías de las donaciones que llegaron a totalizar la suma de \$ 3.700.000.

El 16 de marzo se publicaba en las páginas de *La Nación* un *Manifiesto* que constituía el verdadero programa de trabajo de la Comisión Popular: *"¡Pueblo de Buenos Aires! En nombre de la caridad, en nombre del amor al prójimo, primer consejo del Salvador*

---

A. Giglio, Juan y Daniel Agentí, A. Larroque, P. Berbatti, Florencio Ballesteros, J. E. P. Dillón, Pablo Gowland, R. Viñas, F. S. Mayáns y F. Dupont.

(90) Se trata de Evaristo Francisco Estanislao Carriego (1883-1912,) el hombre que en la bella pluma de Jorge Luis Borges: *"descubrió las posibilidades literarias de los decaídos y miserables suburbios de la ciudad: el Palermo de mi infancia. Su carrera siguió la misma evolución del tango: arrollador audaz y valeroso al principio, luego convertido en sentimental. En 1912 cuando tenía 29 años, murió de tuberculosis, dejando un solo libro publicado (Las Misas Herejes). Recuerdo el ejemplar, dedicado a mi padre, uno de los diversos libros argentinos que habíamos llevado a Ginebra y que allí yo leí y releí"* Jorge Luis Borges *Autobiografía*.

(91) Carta de Evaristo Carriego a Héctor Varela. Citada en SCENNA, Miguel Ángel, cit., p. 232.

*del Mundo, en nombre de más santo y noble el corazón humano, venimos a pedirnos vuestro concurso para que nos ayudéis a cumplir debidamente la sagrada y ardua misión que nos hemos impuesto. El terrible flagelo que nos arrebató diariamente centenares de víctimas y que sume en la miseria y desolación a millares de hermanos, exige de nosotros un gran esfuerzo, pero para llevarlo a cabo y para que este no se esterilice necesitamos el apoyo moral y material de todos... Familias enteras perecen por falta de asistencia, por falta de médicos, por falta de medicinas, por falta de quien les alcance un vaso de agua, mueren muchísimos enfermos que salvarían si fueran atendidos a tiempo... La acción de las autoridades no basta por desgracia para remediar los terribles males que pesan sobre nuestra sociedad, es por esto que le ofrecemos nuestros auxilios leal y desinteresadamente... Las comisiones parroquiales que han trabajado y trabajan con un celo digno de todo encomio para alivio de los que sufren, no consiguen todos los buenos resultados que conseguirían si tuvieran los que nosotros venimos a traerles, brazos, medios abundantes y cuanto pueda concurrir al noble fin que se tiene en vista. Aquí estamos nosotros para llenar este vacío. En la cabecera del enfermo, en la botica, en la casa del médico, en el cementerio mismo, nuestra acción se dejará sentir eficaz y benéfica. Los focos de infección de toda especie que envenenan el aire que respiramos recibirán toda nuestra atención a fin de suprimirlos. Donde se eleve el lamento del doliente, allí estaremos para mitigar sus penas. Felices si con la ayuda ¿que pedimos podemos vestir al desnudo, dar de beber al sediento, sepultar a los muertos”<sup>92</sup>.*

La Comisión debió afrontar múltiples tareas a través de una estrategia de provisión de alimentos y ropa, compra y distribución de medicamentos, organizando la asistencia médica a los enfermos con planteles de médicos cada vez más reducidos, puesto que ya estaban contratados por las Comisiones Parroquiales que dependían del Consejo de Higiene Pública y tenían prohibido recibir honorarios particulares en tanto otros huían de la ciudad.

Con frecuentes enfrentamientos y conflictos con las Comisiones Municipales, y el Consejo de Higiene Pública, la *Comisión Popular* también intervino en el control e inspección continua de las viviendas, labor que significaba ingresar en los domicilios considerados “*focos*” de infección y fiscalizar los hábitos y costumbres higiénicas de sus habitantes.

En el imaginario colectivo se abrió paso vigorosamente, la percepción de una ciudad enferma, pútrida, corrupta en contraste con los espacios rurales sanos y diáfanos en los que había que buscar seguro refugio.

Dos tercios de la población de Buenos Aires adoptaron esta solución.

Su principal campo de acción se radicó en la zona de los *conventillos* de Buenos Aires y en toda suerte de vivienda de locación múltiple donde las pésimas condiciones de habitabilidad, el hacinamiento y la falta de higiene favorecían el contagio.

---

(92) LA NACIÓN. Ejemplar del día 17 de marzo de 1871.

Al mismo tiempo se comenzó a bregar por la relocalización de los cementerios, mataderos, saladeros, graserías y toda suerte de establecimientos de procesamiento de la carne, cuyos desechos orgánicos contaminaban los cursos de agua.

El 11 de abril ante la ausencia de sepultureros, por fallecimiento de los mismos, los propios miembros de la *Comisión Popular*, Carlos Guido Spano, Héctor F. Varela y Manuel Bilbao debieron afrontar ellos mismos la tarea de enterrar 40 cajones insepultos con la ayuda del Jefe de Policía Enrique O’Gorman y piquetes de vigilantes que se ofrecieron a ayudar.

Su labor recibió aplausos por la nobleza de sus intenciones y el trabajo llevado a cabo y denostaciones al considerar que invadía espacios de gestión pública confiados a las Comisiones Municipales, pero claramente excedidos por la magnitud de la epidemia.

### *III. 4. El fin de la peste amarilla. Un Monumento, cuatro Tesis y una Novela*

El frío de junio del 71 arrinconó a la peste. Los casi 900 muertos del mes de mayo se redujeron a 38. El 21 de junio de 1871 se declaró vencido el flagelo.

Sarmiento volvió a establecerse en la ciudad y el Congreso de la Nación se animó a abrir sus puertas que había cerrado, para proteger la salud de los legisladores, anunciando pomposamente “*que la epidemia ha terminado felizmente, pero ello será siempre de tristes recuerdos para Buenos Aires y de funestas consecuencias para la República*”.

Mardoqueo Navarro anotaba en la jornada del 22 de junio: “*La epidemia olvidada. El campo de los muertos de ayer es el escenario de los cuervos. Testamentos y Concursos, edictos y remates son el asunto. ¡¡¡Ay de ti Jerusalén!!!*”

Al abrir en el mes de julio las sesiones ordinarias del Congreso Nacional, el Presidente dijo: “*La postergación inevitable que vuestra reunión ha experimentado, tiene por origen una calamidad pública cuyas víctimas han sido Buenos Aires y Corrientes. La epidemia que acaba de desolar estos centros de población ha adquirido por la intensidad de sus estragos y acaso por las consecuencias que traería su posible reaparición, la importancia de un hecho histórico... La lección ha sido severa y debemos aprovecharla*”<sup>93</sup>.

La epidemia de fiebre amarilla o *vómito negro* se había llevado alrededor de 14.000 almas. De las 13.614 muertes anunciadas por el *Diario* de Navarro, 10.217 correspondían a extranjeros, con un alto incidencia de italianos. Entre los fallecidos se cuentan 50 sacerdotes, 12 médicos, 5 farmacéuticos.

---

(93) MABRAGAÑA, Heraclio. Publicación autorizada por la Comisión Nacional del Centenario, Buenos Aires Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, Buenos Aires, 1910, Tomo III, p. 319.



El primer sacerdote en morir fue el Padre Anthony Dominic Fahey<sup>94</sup>, dominico pastor de la grey irlandesa católica, nacido en Loughrea, Baile Locha Riach en 1805, que había ingresado al país en 1844, precedido como párroco de la comunidad por el Padre Patrick Moran en 1829 y por el Padre Patrick O' Gorman en 1830.

La *Comisión Popular* sólo registró 4 fallecidos.

Aunque el número de muertes difiere en los registros de la época<sup>95</sup> por las dificultades de acceso a documentación confiable y la razonable sospecha que bien pudieron ser registrados decesos ocurridos en el periodo, que no fueron originados exactamente por intervención de los contagios de fiebre amarilla.

Un monumento en mármol de Carrara, levantado en 1899, exquisita obra del escultor oriental Juan Manuel Ferrari en el Parque Ameghino, solar del antiguo Cementerio del Sur, recuerda a las víctimas de la tragedia y a los hombres y mujeres que lucharon con nobleza y tenacidad para ayudar a su prójimo.

El bellissimo mármol reproduce *en bulto* la escena del célebre cuadro de Juan Manuel Blanes, que refleja el momento en que el abogado Roque Pérez y el médico Manuel Argerich ingresan al mísero cuarto de un conventillo, donde un hombre yace muerto en su lecho revuelto arrinconado contra la pared, en tanto un niño pequeño intenta aún alimentarse de los pechos de su madre ya cadáver, derrumbada en el piso de toscos ladrillos<sup>96</sup>. Allí se lee: “*El sacrificio del hombre por la humanidad es un deber y una virtud que los pueblos cultos estiman y agradecen. El Municipio de Buenos Aires a los que cayeron víctimas del deber en la epidemia de fiebre amarilla de 1871*”.

Meses después cuatro Tesis Doctorales presentadas a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, por entonces bajo la Presidencia del Doctor, Juan

---

(94) Falleció el 20 de febrero de 1871.

(95) El *Diario* de Mardoqueo Navarro los estima en 13.614; el periódico *The Standard* trepaba a 26.000 muertos; *El Nacional* aludía a 16.000 fallecidos. *La Revista Médico Quirúrgica*, de la Asociación Médica Bonaerense, ajustaba el total a 13.763 muertos. Las investigaciones del Dr. José Penna llevadas a cabo hacia finales del Siglo XIX, condensadas luego en su “Estudio sobre las epidemias de fiebre amarilla en el Río de la Plata”, publicado en 1895 en *Anales del Departamento General de Higiene* concluía en 14.467 víctimas.

(96) La escena recrea probablemente lo acontecido el 17 de marzo de 1871 en un conventillo de la calle Balcarce en el Barrio de San Telmo. La mujer muerta era Ana Bristiani. Los dos Miembros de la Comisión Popular incorporados en el cuadro por licencia del artista, fallecerían víctimas de la fiebre amarilla apenas una pocas semanas después. El 18 de marzo de 1871 *La Nación* publicaba: “*A medida que la epidemia va azotando a la población, vamos conociendo cuadros desgarradores y tristísimos, principalmente entre la gente ajena a toda clase de recursos. Sabemos que anoche un sereno penetró en una casa de la calle Balcarce llamando la atención que la puerta estuviera abierta a altas horas y se encontró con el cadáver de una mujer y entre sus brazos una criatura de cuatro meses que mamaba aun entre los pechos de aquella. Es de suponer que esta mujer ha sido atacada por la fiebre y ha muerto sin tener a nadie que le prestara el menor auxilio. La niña fue recogida y remitida a la Casa de Expósitos*”. El cuadro original de Blanes se encuentra en exhibición en el Museo Nacional de Artes Visuales de Montevideo de la República Oriental del Uruguay.

José Montes de Oca y la Vice Presidencia del Doctor Nicolás Albarellos, brindaban un elocuente testimonio de la catástrofe.

Correspondían a cuatro jóvenes médicos que prestaron servicios durante la epidemia y cuya esforzada labor les sirvió de sustento práctico para la reflexión académica.

Las Tesis contienen breves desarrollos sobre las experiencias vividas. Se exponen los registros sanitarios de los pacientes atendidos, sus historias clínicas y de vida, la sintomatología exhibida, la evolución de su estado, los cuadros observados, los remedios suministrados y el resultado de las necropsias efectuadas a los cadáveres. Todas desconocen la causa de la infección.

Ellas fueron: Jacobo Scherrer: "*Estudios sobre la fiebre amarilla del año 1871*", Imprenta de Pablo Emilio Coni, Buenos Aires 1872, Padrino de Tesis Doctor Pedro A. Mattos. Miguel Echegaray: "*Fiebre amarilla del año 1871*", Buenos Aires, 1872, Padrino de Tesis Doctor Manuel Augusto Montes de Oca. Salvador Doncel: "*La fiebre amarilla de 1871 observada en el Lazareto Municipal de San Roque*", Buenos Aires, Imprenta del Siglo y de la Verdad, 1873, Padrino de Tesis Doctor Pedro A. Mattos. Jacobo de Tezanos Pintos: "*Infección y contagio*", Buenos Aires, Imprenta La Unión 1872, Padrino de Tesis Doctor José María Bosch.

La epidemia aconsejó el diseño de nuevos espacios urbanos y las claves para la localización de cementerios, hospitales, mataderos, espacios verdes de la ciudad, intentando un desarrollo urbanístico que se llamó "*la ciudad nueva*".

Demostró los problemas que traía aparejado, la deficiente recolección de los residuos y la equívoca rutina de acudir al relleno sanitario con basura, en terrenos bajos y en nivelación de las calles.

El higienismo<sup>97</sup> bregaba desde casi un siglo antes por la imperiosa necesidad de mantener buenas condiciones de salubridad en los escenarios urbanos, mediante la instalación de sistemas de agua corriente, cloacas, iluminación y control de las condiciones de habitabilidad en las viviendas obreras, donde el hacinamiento de las casas de locación múltiple, "*conventillos*", considerados "*talleres de epidemias*", habían estallado en la epidemia de 1871, problemas que pese a su proclamada importancia no lograron ser solucionados en los años que vendrían.

Diecisiete años después del desencadenamiento de la epidemia de fiebre amarilla la revista británica *Youth* publicaba en forma de folletín entre los días 4 de enero al 14 de marzo de 1888, una novela *Ralph Herne* desarrollada en 15 capítulos que

---

(97) En 1790 Johann Peter Frank, Director de la Escuela de Medicina de Pavía en su discurso académico *De populorum miseria: morborum genetrice*, al finalizar los cursos de dicho año académico sostenía: "*la miseria del pueblo: madre de las enfermedades*", denunciando a la pobreza como causa directa de los problemas de salud del pueblo.

describía los azares de un joven médico inglés radicado en Buenos Aires en tiempos de la epidemia de fiebre amarilla.

Su autor, William H. Hudson había nacido en 1841 en la provincia de Buenos Aires, hijo de padres norteamericanos y nieto de ingleses provenientes del condado de Devon. Naturalista, ornitólogo y exquisito narrador, que a juicio de Conrad escribía “*como crece el pasto*”, fue el autor de “*Allá lejos y hace tiempo*” donde relata sus años de niño transcurridos en una estancia bonaerense “Los veinticinco ombúes” en plena dictadura de Rosas.

Autor de “*La tierra purpúrea*”; “*Días de ocio en la Patagonia*” y “*Mansiones verdes*” como asimismo de acreditados textos sobre el objeto de su pasión: los pájaros “*Birds in London*”, “*Birds and man*”, “*Adventures among birds*”, “*British birds*”, etc. constituyen los textos más celebrados por la Royal Society for the Protection of Birds que integraba.

Hudson no vivió en Buenos Aires en los desdichados días de la fiebre amarilla, pues se encontraba en la Patagonia. Recién en 1873 viajó a Inglaterra y allí quince años después daría forma a *Ralph Herne*, no es entonces aventurado sospechar que, a pesar de su ausencia, por amigos o familiares bien pudo estar perfectamente al tanto del horror que vivía la ciudad nudo de la epidemia, y cuyo clima describe: “*En las calles se veían personas que vacilaban al caminar, caían sobre el pavimento y espiraban con gritos delirantes antes que pudieran ser recogidas... En el centro mismo de este infierno trabajaba Ralph... pasaba la mitad de su tiempo con los moribundos, lo sitiaban noche y día multitudes de suplicantes llorosos poseídos por el terror; era literalmente arrastrado de casa en casa para ver caras desfiguradas por la horrible agonía o negras en el sello de la muerte y oír lamentables gritos pidiendo alivio que en casi todos los casos no podía dar*”<sup>98</sup>.

La descripción del desarrollo de la peste en el escenario de la ciudad se ajusta a los relatos de la época, evidenciando el conocimiento que Hudson guardaba del avance de la peste en la ciudad sustentada junto al ancho y fangoso río.

Relata: “*Durante los días siguientes, los diarios hicieron una alharaca tremenda contra las autoridades locales, por permitir que la fiebre amarilla penetrase en la ciudad y sugerían incontables medidas de prevención. Pero los “perros guardianes de la civilización” empezaron a ladrar tarde, aunque sus ladridos causaran una gran conmoción. La municipalidad y la policía cumplieron una actividad extraordinaria. En todos los barrios hubo visitas de inspección a las casas, las calles se barrían al salir el sol todos los días, había una orden general para blanquear las casas por fuera y tan alertas estaban, que, si un tallo de repollo o una papa se caían del carro de un verdulero, el pobre conductor era llamado ante un magistrado y pagaba una multa de veinte pesos o iba a la cárcel por el nuevo delito de “diseminar los elementos de la peste en las calles”*”<sup>99</sup>.

(98) HUDSON, William Henry. *Ralph Herne*, cit., p. 73.

(99) *Ibidem*, pp. 63 y 64.

#### IV. Conclusiones

Las epidemias determinaron una nueva construcción del espacio, el diseño de específicas secciones de poblaciones humanas, conforme los particulares criterios adoptados, el establecimiento de las *zonas prohibidas*, el cierre y la clausura de determinadas áreas, la prohibición de circular, el sacrificio de bienes, la matanza de animales, etc.

Las epidemias fueron asimismo la espuela que en ocasiones aguijoneó la ampliación de la autoridad del Estado en plazas que no estaban inicialmente bajo su tutela.

Aun así, todos estos procesos de multiplicación de epidemias a lo largo de los siglos se encuentran atravesados por un patrón común: *el eclipse del estado en la directa relación con el combate de la peste*.

Surgieron entonces organizaciones civiles, nuevos actores que lucharon desesperadamente por salvar las deficiencias institucionales y combatir la peste.

*¿Cómo se reacciona ante la presencia de la peste?*

Inicialmente se intentaba no verla, no admitirla, no aceptarla, negarla en su importancia por los altos costos que la misma implicaba.

Albert Camus en su célebre novela *La peste*, publicada el 10 de junio de 1947, y que probablemente referenciaba la peste de cólera que padeció la ciudad argelina de Oran en 1849, traza un singular cuadro narrativo del desarrollo de una epidemia. En esta ciudad anclada sobre las costas del Mar Mediterráneo, donde: “... el cambio de las estaciones solo se lee en el cielo. La primavera se anuncia solo por la calidad del aire o por las cestas de flores que pequeños vendedores traen de las afueras; es una primavera que se vende en los mercados. Durante el verano, el sol incendia las casas demasiado secas y cubre las paredes de una ceniza gris; entonces no se puede vivir nada más que a la sombra de los postigos bien cerrados. En otoño, al contrario, es un diluvio de barro. Los días hermosos solamente llegan en invierno”<sup>100</sup>, inesperadamente como un augurio aciago, una mañana comenzaron a aparecer centenares de ratas muertas: “las ratas comienzan a afluir a plena luz del día desde las alcantarillas hacia los umbrales, las calles y las veredas para morir. La gente no alcanza a dimensionar las implicancias de este extraño fenómeno hasta que los mismos ciudadanos comienzan a enfermar y fallecer súbitamente en medio de un sufrimiento atroz”<sup>101</sup>.

En las páginas iniciales, Camus narraba: “La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux salió de su consultorio y tropezó con una rata muerta, en medio del rellano. Sobre la marcha apartó el animal sin miedo y bajó la escalera. Pero, llegado a la calle pensó que esa rata no estaba en su lugar y volvió sobre sus pasos para advertir al conserje. Ante

---

(100) CAMUS, Albert. *La peste* (hay varias ediciones).

(101) BELINCO, Ana. “*La peste*”: crisis, resistencia y una posibilidad para la revolución, Política Obrera, Partido Obrero, Tendencia, 31 de marzo de 2020.

*la reacción del viejo M. Michel, descubrió mejor lo que su descubrimiento tenía de insólito. La presencia de esa rata muerta solo le pareció extraña, mientras que, para el conserje, era un escándalo. La postura de este último era categórica: no había ratas en la casa. El doctor insistió asegurando que había una rata en el rellano del primer piso, y probablemente muerta, pero la convicción de M. Michel era total. No había ratas en la casa, por lo que la debían de haber traído de fuera. O sea, que se trataba de una broma”<sup>102</sup>.*

Las palabras finales del fragmento transcrito apostillan la reiteración de una práctica, que sufrieron invariablemente todos los procesos de desencadenamiento de las epidemias a lo largo de la historia.

La sistemática negativa a reconocerla: *“No hay tal epidemia, es una broma, es una amenaza infundada, no existe ningún peligro, no va a desencadenarse aquí, ocurre solo en otra ciudad lejana, jamás llegará a nuestro espacio, a nuestra casa”*.

La negligencia de las autoridades se explica porque toda peste significaba el inevitable paro económico, hundimiento de la circulación de bienes y parálisis de la producción, malestar en las calles y toda suerte de desórdenes sociales que no tardaban en brotar, interrupción de las relaciones económicas y políticas con el mundo exterior.

Se especulaba que, aunque causara un número de muertos, pasado cierto tiempo retrocedería por sí misma.

Cuando aparecía en el horizonte de una ciudad la amenaza de una epidemia las autoridades buscaban pareceres médicos tranquilizadores, que se acomodaran a sus propósitos políticos, tendientes a evitar la circulación del pánico porque no hay nada más destabilizador que el miedo.

Entonces se disminuye su importancia, se ridiculizan opiniones de científicos, se recomiendan soluciones baratas y rápidas.

La peste atesora la virtud de exponer, en todo su dramatismo las penosas condiciones de vida, justamente en los sectores sociales donde la epidemia arrecia.

El recurso de la huida está siempre presente..., pero *¿quiénes pueden huir?*

Solo aquellos que cuentan con medios suficientes para establecerse en una zona segura, el resto debe permanecer en la ciudad sitiada o vagar por los campos intentando vanamente procurarse el alimento.

Se recurre a todas las formas del aislamiento social, quienes pueden acumular alimentos se quedan encerrados en sus casas.

*“Separados del resto del mundo los habitantes se apartan unos de otros en el interior mismo de la ciudad maldita temiendo contaminarse mutuamente. Se evita abrir las ventanas*

---

(102) El resaltado es nuestro. Albert Camus: *La peste* (hay varias ediciones).

*de la propia casa y bajar a la calle. Se esfuerzan por aguantar encerrados en la casa con las reservas que han podido acumular”<sup>103</sup>.*

Giovanni Boccaccio describía: “Casi todos se inclinaban a un remedio muy cruel como era esquivar y huir a los enfermos y a sus cosas; y, haciéndolo, cada uno creía que conseguía la salud para sí mismo. Y había algunos que pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo debía ofrecer gran resistencia al dicho accidente y, reunida su compañía, vivían separados de todos los demás recogiéndose y encerrándose en aquellas casas donde no hubiera ningún enfermo y pudiera vivirse mejor, usando con gran templanza de comidas delicadísimas y de óptimos vinos y huyendo de todo exceso, sin dejarse hablar de ninguno ni querer oír noticia de fuera, ni de muertos ni de enfermos, con el tañer de los instrumentos y con los placeres que podían tener se entretenían”<sup>104</sup>.

El silencio opresor amparaba la desconfianza y el recelo.

Al recrear en su célebre novela “*Los novios*” la peste italiana de 1630, Alejandro Manzoni confesaba: “Mientras los cadáveres o los montones de cadáveres, siempre presentes y entre los pies, hacían de toda la ciudad un inmenso féretro, presentaba todavía mayor y más funesta deformidad el recíproco encarnizamiento el desenfreno y la monstruosidad de las sospechas. No solo se desconfiaba del vecino, del amigo, del huésped, sino que infundían terror hasta los vínculos y nombres más sagrados para el hombre en sociedad, como son los de marido y mujer, de padre e hijo, de hermano y hermana y, causa horror, el decirlo, la mesa doméstica, el tálamo nupcial, se temían como sitios de asechanza o como escondrijos de veneno”<sup>105</sup>.

Boccaccio decía: “Y no digamos ya que un ciudadano esquivase al otro y que casi ningún vecino tuviese cuidado del otro, y que los parientes raras veces o nunca se visitasen, y de lejos: con tanto espanto había entrado esta tribulación en el pecho de los hombres y de las mujeres, que un hermano abandonaba al otro y el tío al sobrino y la hermana al hermano, y muchas veces la mujer a su marido, y lo que mayor cosa es y casi increíble, los padres y las madres a los hijos, como si no fuesen suyos, evitaban visitar y atender”<sup>106</sup>.

Porque en tiempos de la peste el prójimo es peligroso y la soledad forzada constituye la mejor terapia para evitar el contagio.

Se cubren los rostros y las manos con máscaras y guantes, se rocían los vestidos con vinagre, las bendiciones y absoluciones se imparten desde la lejanía, se suspenden los servicios religiosos, las relaciones humanas entran en un cono de distancia que procura el aislamiento y el encierro.

---

(103) DELUMEAU, Jean. *El miedo*, cit., p. 179.

(104) BOCCACCIO, Giovanni. *Decameron*, cit.

(105) MANZONI, Alejandro. *Los novios*, Biblioteca Mundial Sopena, Editorial Sopena SRL, Buenos Aires, p. 250.

(106) BOCCACCIO, Giovanni. *Decameron*, cit.



La misma liturgia de la muerte, las solemnes celebraciones del paso a la eternidad: el aseo del cadáver, la puesta en un cajón con sus mejores galas, la preparación minuciosa de la cámara mortuoria, la convocatoria a la reunión familiar en torno a la capilla ardiente, las velas y los rezos susurrados devotamente, eran hachadas en aras de un rápido enterratorio del cadáver envuelto miserablemente en trapos y arrojado a fosas comunes bajo capas de cal viva.

#### IV.1. Y el miedo

El miedo atroz y lacerante que paraliza y agarrota y que agujoneaba a Martin Lutero, cuando denunciaba la huida despavorida de los religiosos, mientras la peste de 1539 arreciaba en Wittenberg: *“Huyen unos de otros y apenas si pueden encontrarse alguien para cuidar y consolar a los enfermos... Ese miedo que el Diablo pone en el corazón de las pobres gentes es la peste más temible”*<sup>107</sup>.

La multiplicación de los fallecimientos complicaba el entierro de los cadáveres.

Boccaccio describía: *“Los vecinos... por sí mismos o con ayuda de algunos acarreadores cuando podían tenerla, sacaban de sus casas los cuerpos de los ya finados y los ponían delante de sus puertas (donde, especialmente por la mañana, hubiera podido ver un sinnúmero de ellos quien se hubiese paseado por allí) y allí hacían venir los ataúdes, y hubo tales a quienes por defecto de ellos pusieron sobre alguna tabla. Tampoco fue un solo ataúd el que se llevó juntas a dos o tres personas; ni sucedió una vez sola, sino que se habrían podido contar bastantes de los que la mujer y el marido, los dos o tres hermanos, o el padre y el hijo, o así sucesivamente, contuvieron. Y muchas veces sucedió que, andando dos curas con una cruz a por alguno, se pusieron tres o cuatro ataúdes, llevados por acarreadores, detrás de ella; y donde los curas creían tener un muerto para sepultar, tenían seis u ocho, o tal vez más”*<sup>108</sup>.

Había también quienes, en medio de la tragedia medraban en las sombras: los saqueadores que asaltaban las propiedades abandonadas y robaban a los cadáveres o guiados por la misma voracidad apresuraban la muerte de los enfermos.

Manzoni retrataba a quienes, en plena epidemia, con la espantosa multiplicación de cadáveres que obligaban a su retiro en carros comunitarios, ingresaban a las casas exigiendo rescates, para no apilar en los carros los cuerpos de los enfermos que aún vivían. *“Entraban como dueños o como enemigos en las casas y sin hablar del saqueo y del modo como trataban a los infelices que por la peste tenían que pasar por aquellas inmundas manos, las ponían sobre los sanos, sobre los hijos, los parientes, las mujeres y los maridos, amenazándolos con que los arrastrarían al lazareto si no los rescataban al precio que ellos mismos establecían”*<sup>109</sup>.

(107) Citado por DELUMEAU, Jean. *El miedo*, cit., p. 196.

(108) BOCCACCIO, Giovanni. *Decameron*, cit.

(109) MANZONI, Alejandro. *Los novios*, cit., p. 250.

Boccaccio narraba las penosas circunstancias en que eran llevados a su última morada los enfermos de la peste florentina: transportados por: *“una especie de sepultureros salidos de la gente baja que se hacían llamar faquines y hacían este servicio a sueldo poniéndose debajo del ataúd y, llevándolo con presurosos pasos, no a aquella iglesia que hubiese antes de la muerte dispuesto, sino a la más cercana la mayoría de las veces lo llevaban, detrás de cuatro o seis clérigos con pocas luces y a veces sin ninguna; los que, con la ayuda de los dichos faquines, sin cansarse en un oficio demasiado largo o solemne, en cualquier sepultura desocupada encontrada primero lo metían. De la gente baja, y tal vez de la mediana, el espectáculo estaba lleno de mucha mayor miseria, porque éstos, o por la esperanza o la pobreza retenidos la mayoría en sus casas, quedándose en sus barrios, enfermaban a millares por día, y no siendo ni servidos ni ayudados por nadie, sin redención alguna morían todos. Y bastantes acababan en la vía pública, de día o de noche; y muchos, si morían en sus casas, antes con el hedor corrompido de sus cuerpos que de otra manera, hacían sentir a los vecinos que estaban muertos; y entre éstos y los otros que por toda parte morían, una muchedumbre. Era sobre todo observada una costumbre por los vecinos, movidos no menos por el temor de que la corrupción de los muertos no los ofendiese que por el amor que tuvieran a los finados. Ellos, o por sí mismos o con ayuda de algunos acarreadores cuando podían tenerla, sacaban de sus casas los cuerpos de los ya finados y los ponían delante de sus puertas (donde, especialmente por la mañana, hubiera podido ver un sinnúmero de ellos quien se hubiese paseado por allí) y allí hacían venir los ataúdes, y hubo tales a quienes por defecto de ellos pusieron sobre alguna tabla. Tampoco fue un solo ataúd el que se llevó juntas a dos o tres personas; ni sucedió una vez sola sino que se habrían podido contar bastantes de los que la mujer y el marido, los dos o tres hermanos, o el padre y el hijo, o así sucesivamente, contuvieron. Y muchas veces sucedió que, andando dos curas con una cruz a por alguno, se pusieron tres o cuatro ataúdes, llevados por acarreadores, detrás de ella; y donde los curas creían tener un muerto para sepultar, tenían seis u ocho, o tal vez más”*<sup>110</sup>.

Por su parte Daniel Defoe, en su relato sobre la gran plaga de Londres de 1665: *“Diario del año de la peste”*, publicada en 1722, detallaba: *“Muchos robos y acciones perversas en ese tiempo terrible... porque la codicia era tan fuerte en algunos que habrían corrido cualquier riesgo para saquear”*<sup>111</sup>.

También aparecen en el minucioso relato *los que contagiaban a sabiendas*, es decir aquellos infectados que recorrían las calles y las plazas, ingresando a los templos, las posadas y las casas, bebiendo de fuentes comunes para contagiar al resto de sus semejantes, en la pertinaz creencia que de este modo descargaban el veneno que recorría sus cuerpos.

Lutero los referenciaba: *“... criminales mayores que sintiendo el germen de la enfermedad se mezclan sin decir nada a sus hermanos, como si esperaran descargar en ellos el veneno que los devora. Dominados por esta idea recorren las calles, penetran en las casas,*

---

(110) BOCCACCIO, Giovanni. *Decameron*, cit.

(111) DEFOE, Daniel. *Diario del año de la peste*, Biblioteca Virtual Universal.

*llegan incluso a abrazar a sus hijos o a sus domésticos con la esperanza de salvarse ellos mismos. Quiero creer que el diablo inspira tales acciones y que solo a él debemos acusarle de esto, pero también me han dicho que una especie de desesperación envidiosa impulsa algunas veces a estos desventurados a propagar así la peste, porque no quieren ser los únicos en ser alcanzados... Si el hecho es cierto o no, lo ignoro. Pero realmente, si las cosas son así, termino por preguntarme si nosotros, los alemanes, somos hombres o demonios*"<sup>112</sup>.

Defoe halla en el argumento la excusa perfecta que se buscaba para justificar la prohibición del ingreso de los extraños a las ciudades en peligro, achacándoles que solo buscaban el contagio, como lo hacían, en los imaginarios populares, las figuras demoníacas, con largos vestidos negros que visitaban las aldeas en las noches sin luna <sup>113</sup>.

Manzoni relata, en *"Los Novios"*, cómo en pleno desarrollo de la epidemia del Milanesado, a los extranjeros *"sospechosos ya por serlo y muy fácil de distinguirse por el traje se los arrestaba en las calles por el pueblo y se los encarcelaba"*<sup>114</sup>.

Porque se perseguía con saña a todos aquellos que se creía podían contagiar. Las pestes logran incluso quebrar los oscuros silencios que habían sepultado crímenes y dolores del pasado. La cercanía de la muerte lleva a la confesión y a la súplica del perdón y el desahogo del delito y del pecado.

Y la oscura certeza de que el peligro de la peste siempre embozado y acechante vuelva a atacar. Albert Camus no puede huir de la angustiada convicción que en todos los tiempos y en todas las épocas, siempre se asistía a la penosa e inevitable *crónica de una muerte anunciada*. Que pasara lo que pasara, la sombra negra del flagelo volvería a atacar con renovados bríos.

En las páginas finales de *La peste*, su protagonista el doctor Bernard Rieux reflexionaba sombríamente: *"Escuchando los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux se acordaba que esta alegría estaba siempre amenazada, pues él sabía lo que esta multitud alegre ignoraba, y que se podía leer en los libros, que el bacilo de la peste ni muere ni desaparecerá nunca, que puede estar durante decenas de años dormido en los muebles o en la ropa, que espera con paciencia en las habitaciones, en los baúles, las bodegas, los pañuelos y los papeles, y que, tal vez, llegará el día en que por desgracia y el conocimiento de los hombres, la peste despertará sus ratas y las enviará a morir en una ciudad feliz"*<sup>115</sup>.

Pero también están los héroes.

Los hombres y mujeres que vencen el miedo y se ponen de pie.

---

(112) Citado por DELUMEAU, Jean. *El miedo*, cit., p. 211.

(113) Conforme DEFOE, Daniel. *Diario del año de la peste*, Biblioteca Virtual Universal.

(114) MANZONI, Alejandro. *Los Novios*, cit., p. 243.

(115) CAMUS, Albert. *La peste* (hay varias ediciones).

A lo largo de los siglos sacerdotes, clérigos, hermanos, religiosas, funcionarios, laicos consagrados, médicos, enfermeros y practicantes, colegiales y simples vecinos de la comunidad con recursos económicos o sin ellos derrocharon bondad y amor por sus semejantes. *“Porque en las calamidades públicas y en los largos trastornos de cualquier orden de cosas se ve siempre un aumento, un exceso de virtud”*<sup>116</sup>.

---

(116) MANZONI, Alejandro. *Los Novios*, cit., p. 249.